

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



Si los obreros, si los sacerdotes, si los obispos, en una palabra, si todo el pueblo cristiano dirige a él su mirada, todos, ciertamente, hallarán de qué ser movidos por sus preclaros ejemplos, y con qué ser excitados a alcanzar aquella cristiana perfección que pide el propio estado de cada uno, y de la cual tan sólo pueden surgir los remedios oportunos para las presentes condiciones perturbadas de las cosas, y hacer venir tiempos mejores.

De la Homilía de S. S. Pío XII en la
misa de la Canonización del P. Claret

PUBLICACIONES
CRISTIANDAD

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffi Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

EN PRENSA:

Sor María del Divino Corazón

Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1949 nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto puede remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

22 24 46

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 25 ptas.

LA ADMINISTRACION

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de **CRISTIANDAD**

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual	100'— Ptas.
Semestral	50'— »
Trimestral	25'— »
Número ordinario	5'— ptas.
Encuadernar	25'— »
Tomo encuadernado	125'— »

VIVA CRISTO REY

J. R.

RESERVADO

A. C.

El Corazón de María en la salvación del mundo

El P. Claret —que al publicarse estas líneas habrá sido elevado ya al supremo honor de los altares— ha sido llamado por la voz autorizadísima de Pío XI «precursor de la Acción Católica casi como es hoy». No es razón bastante para merecer un título así el hecho, ciertamente providencial, a los tiempos modernos de que fuera él uno de los que con visión más clara anunciara la necesidad de la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia y a tan alto fin consagrarse sus más nobles empresas.

El Santo Arzobispo sallentino hizo más que esto: predicó y propuso un medio sobremanera excelso para hacer fecundo el apostolado de los seglares: la devoción al Inmaculado Corazón de María. Esta es la nota específica de la gigantesca obra claretiana, nimbada siempre con los esplendentes destellos de lo sobrenatural.

No faltará quien guste de ponderar con criterio un tanto exclusivo su labor fecundísima desde el Palacio Real, donde su virtud y su santidad frenó el impetu atrevido de la revolución impía cuyo espíritu se enquistó en las más altas esferas políticas y gubernamentales.

El P. Claret fue ante todo el apóstol fervoroso, el propagador ardiente del Inmaculado Corazón de María. Esta fué su arma de combate preferida, el centro de sus maravillosas predicaciones, el eje en torno al cual hacía girar las más altas esperanzas de conversión del mundo lanzado ya, en su tiempo, por la pendiente naturalista que le había de conducir a la postración moral inmensa de nuestros días.

Sus campañas por todos los rincones de Cataluña primero, y luego por otras regiones españolas y la archidiócesis de Cuba tenían el sello mariano marcado con carácter indeleble. El Rosario, su instrumento de apostolado predilecto, fué difundido y ensalzado en todas sus largas correrías de misionero, perseguidor de almas, inquieto siempre por el bienestar social fundado en el amor a Dios a través del amor a su Madre.

El P. Claret, precursor de la Acción Católica. Título dignísimo que sitúa su figura en el ámbito creado por las necesidades modernas que entonces empezaban a hacerse sentir. Y precursor, insistimos, no sólo porque incorporó los seglares en la magna tarea de extender el Reinado de Cristo en la sociedad que apostataba de Él, sino porque supo escoger admirablemente el mejor instrumento, el medio más excelso, el remedio infalible, la solución única: el remedio del amor simbolizado en el Corazón amantísimo de la Madre de Dios y de los hombres.

Los sabios y los que a sí mismos se llaman prudentes suelen con harta facilidad equivocarse en sus cálculos y previsiones. Los santos, en cambio, iluminados por el Espíritu Santo de Dios y abandonados humildemente a sus divinas inspiraciones, aciertan no sólo en la exposición de los males que el organismo social padece, sino en los remedios que pueden sanarlo con facilidad y eficiencia.

El P. Claret tuvo esta visión de los males futuros. Y de cómo la humanidad estaba necesitada de un Corazón en que centrar sus afectos y abocar sus esperanzas. El Mensaje de Fátima fué una solemne confirmación de este sobrenatural remedio y de esta esperanza también sobrenatural. Cuando Pío XII consagraba hace casi ocho años el mundo al Corazón Inmaculado de María, hacía más patente la excelcitud de la soberana doctrina del amor que el Santo español difundiera con celo fervoroso.

La Cruzada de Oración y Penitencia proclamada en Roma para este Año Santo señala también en la devoción a los sagrados corazones de Jesús y de María el remedio extraordinario de nuestros males extraordinarios. El mundo sólo tiene salvación por el amor.

Feliz coincidencia la de este Providencial Año Santo con la canonización de quien consagró toda su vida a cantar las excelsas grandezas del Inmaculado Corazón.

R. C. V.



EN EL CUARTO AÑO JUBILAR

ECOS DE LA CRUZADA

LA CRUZADA Y LA RADIO

BARCELONA

El Rosario del hogar y de los enfermos, en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de los Padres Dominicos

Viene llevándose a cabo, desde el año 1948, con unfruto extraordinario, la retransmisión del Rosario para el hogar y los enfermos, que se reza a diario en la iglesia de nuestra Señora del Rosario de los Padres Dominicos, de 7 y media a 8 en los días laborables, y a las 9 los domingos, coincidiendo con la celebración de la Santa Misa de dicha iglesia. Con ello encuentra una excelente aplicación el espíritu que informa la Cruzada del Rosario.

Pero, desde la Proclamación de la Cruzada de Oración y Penitencia promovida con motivo del Año Santo de 1050, para implorar un remedio del cielo a las gravísimas calamidades que oprimen a los hombres, este rezo de una parte del Rosario, se ha juzgado oportuno incorporarlo también a las intenciones de esta trascendental actuación.

La oración colectiva de los enfermos, unida de esta manera, «con su santo sufrimiento, a la Pasión de Jesús», viene a sumarse a la Cruzada. Y el radioyente habrá podido escuchar, al final de la recitación de este Santo Rosario, las palabras llenas de tan profundo sentido:

UNIDOS EN CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA, oremos: Dios misericordioso, que en estos tiempos de prueba para tu Iglesia, te dignas alegrar a tus fieles con el anuncio de que en el Año Santo será renovada la Consagra-

ción del mundo a los Sagrados Corazones de Jesús y de María: Concédenos que sepamos prepararnos debidamente al recibir esta nueva gracia, con tal aumento de piedad en nuestra vida y costumbres que, llegado aquel día solemne, todo el pueblo cristiano acompañe en espíritu y en verdad a su Santidad el Papa en el fervor de la renovación.

La deseamos ardientemente, como remedio sobrenatural para los males que nos afligen y como afirmación de esperanza en el Reinado de paz de Jesucristo en el mundo. Así sea.

EMISIONES DE LA CRUZADA DE ORACIÓN

Aparte de la actuación que acabamos de indicar, y a continuación de la Misa de los enfermos que se celebra los domingos, a las 10 de la mañana, en la iglesia del Sagrado Corazón de los Padres Jesuitas, trasmítese también dos veces al mes una breve glosa, a cargo del Promotor de la Cruzada en esta diócesis, P. José M.^a Murall, encaminada a que los fieles conozcan y participen del espíritu y entusiasmo de la Cruzada, se hagan cargo de su trascendencia y de las razones que la justifican y del fin al cual tiende.

Bendiga el Señor todos estos esfuerzos y quiera Él que, por la devoción a su Divino Corazón, «se enciendan los hombres en el deseo de vivir una vida verdaderamente cristiana y de colaborar al Apostolado de la Iglesia. Pues saben que con este medio se acelera el advenimiento del Reinado de Jesucristo, el triunfo de su amor».

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

- EDITORIAL: El Corazón de María en la salvación del mundo (pág. 225).
EN EL CUARTO AÑO JUBILAR: Ecos de la Cruzada (pág. 226).
San Antonio M.^a Claret, el Rosario y la Paz, por el P. J. M.^a Alsina, C. M. F. (págs. 227 a 229).
Claret, devoto de la Santa Misa, por el P. Jorge M.^a Nogués, C. M. F. (págs. 230 a 232).
Discurso de S. S. Pío XII, ante los peregrinos españoles (pág. 235).
La participación de las Congregaciones Marianas en la Cruzada de Oración y Penitencia (págs. 236 a 238).
San Antonio M.^a Claret y el Mensaje de Fátima, por el P. Valentín Conejero, C. M. F. (págs. 239 y 240).
«Gran precursor de la Acción Católica, casi como es hoy», por el P. Miguel Cisteró, C. M. F. (págs. 241 a 243).
La conjuración masónica (II), por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 244 y 245).
Homilía de S. S. el Papa Pío XII en el día de Pascua de 1950 (pág. 246).
Orientaciones bibliográficas, por Luis Rey Altuna (pág. 247).
DE ACTUALIDAD: Que la juventud se enamore de la persona de Cristo, exhorta el Primado de Polonia. - ¿A quién creéis, a la Iglesia o a la masonería? por J. O. C. (pág. 248).

ADVERTENCIA.—CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

San Antonio M.^o Claret, el Rosario y la Paz

«*Ut quotidie sive privatim sive in communi Rosarium recitent.*»

(CRISTIANDAD, n.º 138, 512)

Dos nombres se saborean con delectación en este año en curso. Uno, por su ausencia, añorado; otro, por su presencia mayestática, nunca como ahora cautivador.

El ambiente saturado de odios y rencores delinea en el libro de la Historia la palabra terrible de trágica guerra; y ante este monstruo aterrador la ley del contraste reacciona, trayendo a la mente el dulce vocablo de paz. Paz para el individuo, paz para la familia, despedazada por doctrinas disolventes, paz para la resquebrajada humanidad. Paz, claman todos los pueblos y las naciones todas. Las que no la gozan, porque la añoran; las que la disfrutaban, por el temor de verla desterrada. Un nombre: ¡Paz!

Año Santo, año de santos. El cielo de la Iglesia parecerá, a partir del presente año, iluminado por una nueva constelación de rutilantes astros de santidad, y destacándose de ellos, como el sol en el firmamento, la personalidad avasalladora y gigante del santo Obrero, del santo Sacerdote, del santo Prelado, del santo Fundador, Antonio M.^o Claret. Ha vencido la densa niebla de calumnias, y, henchido de claridades, difunde sus benéficos destellos en el mundo católico. España se ha conmovido ante la exaltación de otro de sus hijos que dejará huellas de fe hispana doquiera se pronuncie un nombre: ¡Claret!

Dos nombres: Claret y la Paz, y un lazo que los une y relaciona: el Rosario. Claret y la Paz, por el Rosario.

Claret, Apóstol del Rosario, y Claret por el Rosario, Apóstol portador de paz, de aquella paz «que es vivir concertada y pacíficamente consigo mismo», como diría Fray Luis de León, y que se trasluce al exterior en el propio individuo, en la familia y en la sociedad.

Claret, Apóstol del Rosario. Que hable Cataluña; aun conserva fresco el recuerdo de aquel apostólico «Mosén», y evoca del olvido la memoria del humilde colaborador de Claret, Miguel Iter, que con su jumento, conocido graciosamente en toda la región por «el burro de los rosarios», sigue o precede los pasos del misionero, repartiendo su piadosa mercancía.

Que no enmudezca Cuba, y nos diga los millares y millares de sarjas de rosarios que inundaron ciudades y ranchos campesinos.

Y España que predique la actividad del apóstol de la pluma en pro del Rosario: aquellas ediciones numerosas y nutridas de folletos que recorrieron y recorren aún los ámbitos de la Patria.

Y Fontfroide, callado monasterio, que no oculte en el mudo silencio de celdas solitarias aquel gesto con que el moderno Apóstol del Rosario legaba a sus hijos, los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, y a todos los amadores del apostolado y de la Paz, la propagación del Rosario, mediante aquella simbólica entrega de sus rosarios al P. Claret, a quien dijo, después de retenerlos en sus manos y besarlos con cariño, con besos de santo: «Toma mis rosarios, consévalos.» Claret, Apóstol del Rosario.

Claret, Misionero de aquel Triunfador que dijo, en su triunfo sobre el pecado y sobre la muerte: «La paz con vosotros»; no la paz mundana, que no es paz, sino la paz de Dios, paz divina: «Mi paz os dejo, mi paz os doy»; y eco de estas palabras, las del apóstol de Cristo: «La paz

en esta casa.» Claret, Misionero de Cristo, y por lo mismo apóstol portador de paz; pero apóstol portador de paz por el Rosario.

Claret adivinaba, veía en el Rosario una devoción esencialmente portadora de paz. Un detenido y concienzudo recorrido por la vida y escritos del Beato lo pondría de manifiesto. Bastará, para vislumbrarlo, el exponer y considerar, en estos momentos en que la Cruzada Internacio-



S. S. Pío XII, providencialmente reinante

nal de Oración y Penitencia pone en nuestras manos el Rosario, y el Año Santo nos trae entre nubes de santidad canonizada la figura de Claret, unos motivos de los muchos que le movieron a propagar el Rosario, y una revelación.

No es de extrañar una tal clarividencia. Claret en esto, como en otros muchos puntos, fué un vidente, porque a «Claret le inspiraba el Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios siempre se adelanta al espíritu humano», en frase del Ilmo. Torres y Bages.

Unos motivos: El Beato Claret penetró hasta la entraña la dolencia morbosa que padecía el pueblo; y a remediarla se aprestó con dos devociones que nacieron en él junto con su ser, y que se intensificaron prodigiosamente en el decurso de aquella preciosa vida: el Santísimo Sacramento en todas sus manifestaciones y el Rosario. De esta última, bajo el matiz arriba indicado, nos ocuparemos ahora.

Y dejando al margen la consideración del Rosario en

PLURA UT UNUM

la vida íntima del Beato, lo que nos llevaría muy lejos de nuestro propósito, aunque iluminaría el por qué de tan maravillosa propaganda, subrayaremos algunos motivos de excelencia y eficacia que más la impulsaron, espigándolos de las obras del Beato. Este, remiso siempre, como todos los santos, en prodigar alabanzas desmedidas, se deshace en loas superlativas al tratar del Rosario. Veámoslo si no.

Por su excelencia, el Rosario es, dice, «la devoción más grata a Dios y a la Santísima Virgen, a la par que la más provechosa a todos los hombres, después de la santa Misa» (1). Por lo mismo, «la reina de las oraciones» (2).

«Una abundantísima mina en que los cristianos que lo rezan y meditan con atención y devoción se enriquecen de grandes merecimientos.»

«Un jardín florido en que se recogen toda especie de flores de virtudes las más hermosas y aromáticas» (3).

«Espejo en que todos nos deberíamos mirar y componer nuestras costumbres; gran libro en que todos debemos leer los más admirables ejemplos que nos dan Jesús y María» (4).

«La solidez y la verdadera adoración —se expresa el Beato en «Remedios contra los males de la época actual»— son el principal distintivo del Rosario. La materia y la forma que componen la devoción del Rosario reúnen en sí todo lo que el culto cristiano tiene de más notable, tanto interior como exteriormente... debemos afirmar con toda convicción que la devoción del Stmo. Rosario es la esencia de la adoración cristiana, pues Jesucristo, María Santísima y la Iglesia Católica son el fundamento y la esencia del Stmo. Rosario.»

Por su eficacia, es el Rosario «un eficaz remedio para socorrer las necesidades del mundo y conceder Dios las gracias que los mortales necesitan para salvarse» (5).

«La devoción más excelente que puede practicar todo cristiano y el contraveneno más eficaz contra los errores, para las herejías y para las satánicas máximas de los impíos y escandalosos» (6).

«El medio más poderoso, fácil y suave para disipar ignorancias, quitar errores y herejías» (7). Bien lo sabe esto el enemigo de la humanidad. Por esta causa, al preguntarse en el opúsculo de «Dos banderas» (8), Claret bebió en la fuente cristalina y abundante de la doctrina ignaciana: «¿De qué manera procura Lucifer realizar sus intentos y conseguir su fin?», responde: «Procurando ante todo entibiar con el indiferentismo a los hombres y mujeres en la devoción, y apartarlos en seguida de la frecuencia de los Santos Sacramentos y de la devoción a María Santísima, hacer que no recen el Stmo. Rosario, y, por último, que dejen de observar la Santa Ley de Dios y de la Iglesia.»

«El resorte más poderoso del corazón humano» (9), porque en el curso de sus quince misterios nos abre los hondos abismos del amor y cariño de Dios hacia los hombres; «así es que los que se aficionan al Stmo. Rosario mejoran luego sus costumbres» (10). Por lo mismo, no titubeó Claret, al buscar «el modo de renovar la faz de la tierra», en asegurar: «El décimo medio es exhortar a los que puedan que cada día oigan Misa; que todos recen una parte de Rosario» (11).

«Por medio de la devoción del Stmo. Rosario se ha

- (1) Camino Recto: Rosario.
- (2) El Smo. Rosario.
- (3) El Colegial Instruído, T. I, sección II, cap. 27, Art. II.
- (4) El Smo. Rosario Explicado.
- (5) Camino Rector: Rosario.
- (6) Colección de pláticas Dominicales, T. I, pág. 410.
- (7) Colegial Instruído, T. I, sec. II, c. 27, art. 2.º.
- (8) Las dos banderas, C. 3.º.
- (9) Colegial Instruído, T. I, sec. II, c. 27, art. 2.º.
- (10) Colegial Instruído, Idem.
- (11) Colegial Instruído, T. II, sec. II, c. 35, art. 5.º.



La Virgen del Rosario

hallado remedio a las necesidades públicas de guerras, pestes, hambres y otras calamidades» (12). Al estampar estas líneas pensaría seguramente el Beato en las calamidades y catástrofes que presenció en la isla de Cuba, cuando regentaba aquella sede Arzobispal.

Más aún: la meditación de los misterios del Rosario es el medio más a propósito para moralizar las costumbres y obtener la perfección; por manera que en el principio de la Fundación del Santísimo Rosario, al ver que alguno practicaba con negligencia las obras ordinarias, con caridad se le avisaba: «Vos no rezáis el Rosario, o lo rezáis mal», pues lo mismo era «rezar el Rosario que ser perfecto» (13); por el contrario, «se sabe que quien no reza el Rosario, no reza nada, ni ora, ni vive como cristiano, sino como pagano, como impío» (14).

Todos los motivos transcritos, ya positiva, ya negativamente, nos presentan la devoción del Rosario como oportuno medio de alcanzar la paz individual, prenda de la paz familiar y social: La paz de la conciencia en el individuo por el dominio de las pasiones y regulación de la vida; bienestar en la familia, por la unión íntima con que los liga, a hora señalada, el rezo cotidiano del Rosario: es el momento de la expiación y perdón mutuo; paz en la sociedad por la comprensión recíproca en la fraternidad con Cristo y en la filiación mariana.

Claret, vidente; pero hay más: Claret, iluminado con claridades celestiales. Un aviso que fué para el Beato, y lo es para el mundo de hoy, «ante el peligro del comunismo siempre en aumento» (15).

UNA REVELACIÓN profunda y anchurosa.

Las propias palabras del Beato, llanas y sencillas, serán las más elocuentes para ponernos en conocimiento del destino providencial del Rosario en estos tiempos calamitosos. Habla Claret, celestialmente iluminado: «En el día 27 de agosto de 1861, en la misma iglesia [del Rosario, en la Granja], durante la bendición del Stmo. Sacramento que di después de la Misa, el Señor me hizo conocer los tres grandes males que amenazan a España, y son: el protestantismo, mejor la descatoización, la república (16) y el

- (12) Colegial Instruído, T. I, sec. II, c. 27, art. 2.º.
- (13) El Smo. Rosario.
- (14) Colegial Instruído, T. I, sec. II, c. 27, art. 2.º.
- (15) Cristiandad, N.º 138. Pág. 515.
- (16) Ver original, pág. 10.

COMUNISMO. Para atajar estos tres males me dió a conocer que se habían de aplicar tres devociones: el Trisagio, el Santísimo Sacramento y el Rosario.»

«... El Rosario [rezando] las tres partes cada día, o a lo menos una, meditando los misterios, aplicándolos a las costumbres propias» (17).

No puede, no debe maravillarnos ya el ahinco con que se entregó Claret a la divulgación del Rosario; pero el cielo exigía más aún ante la catástrofe inminente, amenazadora, que se erguía sobre el pueblo ibero. Y así tornamos a leer en los manuscritos del Beato que el día 6 de diciembre de 1862, a las seis y tres cuartos de la tarde, la Virgen le dijo, por dos veces, que había de propagar el Rosario, como lo hizo el Venerable Alano de Rupe. «Luego, Jesucristo añadió: "Sí, Antonio. Haz lo que te dice mi Madre." A las siete del mismo día me dijo la Santísima Virgen: "Sí, Antonio. Yo lo quiero, yo lo quiero." Y luego Jesús me añadió: "Animo, Antonio, ánimo".» Y, ¡cómo no!, si la misma Santísima Virgen, en otras ocasiones, le había asegurado: «En la devoción al Santo Rosario está basada la salvación de España.» Y porque Claret amaba vehementemente las almas del mundo entero, y de un modo particular las de la Patria, puso en esta empresa divina todas las genialidades de su talento práctico sobrenaturalizado; y en folletos, libros, cartas, sermones, etc., hacía resonar las gloriosas excelencias del Rosario y la eficacia poderosa y valedora del mismo.

En los propósitos de 1869, seguramente los postreros de su vida apostólica, consignaba el gran Apóstol: «En las calles y en donde se me presente ocasión, la materia de mis conversaciones será de la Religión, de los Sacramentos, del Stmo. Rosario» (18). Claret respiraba amor y entusiasmo delirante por el Rosario. Era la semilla que, sembrada en la infancia, germinaba exuberante y rica.

Aquella Virgen del Rosario de su pueblo, que tantas veces le llamara, cuando Toñín se entretenía en sus juegos, y que tanto cautivaba su tierno corazón, «no se cansaba de estar delante de ella», asegura él mismo; ahora le atraía, le impulsaba, divinamente lanzado, en busca de las almas, pero por el Rosario, del bienestar de la conciencia, de la familia, de la patria, por el Rosario.

«Lo que más inculcaré, oportuno et importuno —prosigue—, será el enseñar y exhortar a rezar, y a rezar bien, el Santo Rosario.» El sabía que muchas, muchísimas familias rezaban el Rosario, pero no se le ocultaba a su vez la distracción con que lo envolvían algunas de ellas, reduciéndolo, por este camino, a la devoción más inútil y fastidiosa de la piedad familiar. «Es verdad, —escribe el Beato en su «Camino Recto»— que algunos tienen costumbre de rezarlo todos o casi todos los días, pero tan mal, que antes podría mirarse como un insulto que un culto dirigido a María, y que por ello más bien se acarrea la indignación de la Virgen que sus gracias.» Mas los que lo recen con atención y devoción, meditando los misterios, éstos se gran-

jean, para sí y para los demás, las bendiciones de la Reina del Cielo en esta vida y premio eterno en la otra; que éstos y no otros son los frutos del Rosario.

Para que a tan poderosa devoción se sumara el fruto redentor de la penitencia, en más de un escrito encarece el Beato el rezo del Rosario de rodillas ante una efigie de la Madre de Dios.

De manera que el Rosario, según la concepción y exposición claretianas, encarna todas las características modalidades que debe poseer la oración de nuestra Cruzada en favor de la paz verdadera en el mundo actual: oración de acción, oración de penitencia, oración de esperanza en la misericordia divina y oración por medio del Corazón maternal de la Inmaculada Virgen María. Tampoco se escapó este matiz al Apóstol catalán, y en él podríamos barnos en verdad para aclarar, si posible fuera, la proposición formulada al encabezar estos renglones: Claret y la paz, por el Rosario; porque Claret fusionó el Rosario, prenda de paz, con la devoción salvadora al Corazón de María, arcaduz y manantial inexhausto de paz, conforme revelan los mensajes de Fátima; pero los ámbitos del artículo se estrechan ya. Bástenos saber que el hecho cumbre y causa vital tuvo lugar en Vich el 1.º de agosto de 1847, en la iglesia de Santo Domingo, en la cual tantos momentos de cielo había vivido el Beato Padre Claret en aquellos apretados y juveniles años, que se fueron cargados de santos anhelos como una promesa de bendición santa.

El Padre Claret, Apóstol del Rosario, y por él portador de paz, de la paz verdadera: la de la conciencia.

Con el Rosario recorrió Claret gran parte del Globo; y aquella Perla de las Antillas, esmaltada con la sangre, ¡santa sangre!, de un Santo del templo de Pablo, vió al nuevo Apóstol de Cristo, Claret, recorrer todos los laberínticos rincones en compañía de la que él llamaba «su Virgen de las batallas, una imagen de la Virgen del Rosario, representativa acaso del Corazón de María según forma predilecta del P. Claret en reproducirla» (19).

Claret, gran Apóstol del Rosario, Apóstol de paz; laureado, insigne Cruzado de la gran Cruzada Internacional de Oración y Penitencia que ha de lavar y purificar y sobrenaturalizar el materializado mundo de nuestros días.

Claret, nuestro ejemplar, maestro y guía; bajo su protección reñiremos las batallas del Señor para que reine el Divino Corazón de Jesús en perdurable paz.

Claret y la paz. En el poético mayo de los cielos claros y de las rientes flores, dos nombres caminarán por los espacios recargados de atmósfera bélica, y como dos estrellas en noche oscura, cerrada, brillarán con destellos divinos, y como los pétalos bellos de una flor blanca se besarán, abrazados a un mismo tálamo celestial, virgíneo, de un Corazón Inmaculado, en el ósculo amoroso del Rosario. Claret y la Paz, por el Rosario.

Solsona, abril de 1950.

J. M.^a Alsina, C. M. F.

(17) Autobiografía. Parte 3.º, cap. 18.

(18) El Iris de Paz. Año 1926. Pág. 64.

(19) El Iris de Paz. Año 1926. Pág. 373.

El espíritu de los Santos, su persona y su acción vive y perdura en la Iglesia porque es algo eterno y divino, es de actualidad imperecedera, sin merma ni decadencia. Ojalá que los cristianos, sin resabios de un naturalismo anémico y estéril, buscaran la luz, la vida, la actualidad indeficiente en la ciencia, en la vida y en el alma de los Santos. En el corazón de los Santos fluye la corriente de aguas vivas que dimana del divino Corazón y resurte hasta la vida eterna.

Del artículo «El Sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola», II, por Ramón Orlandis S. J. (Véase CRISTIANDAD. núm. 147, pág. 180)

Claret, devoto de la Santa Misa

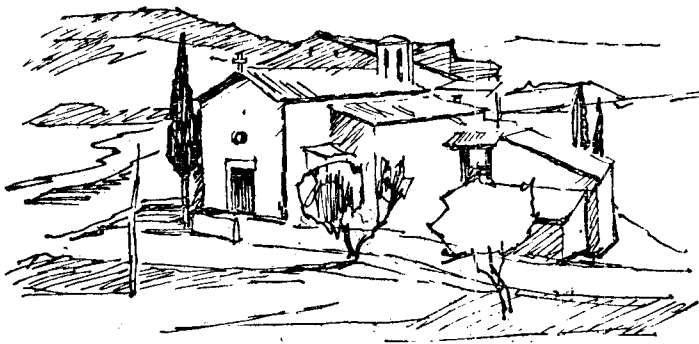
La devoción al Santísimo Sacramento de nuestros altares es nota tan característica en la piedad claretiana que no cabe señalarle fecha de aparición; nació con Antonio, así como aquel su amor ardiente a la Madre dulcísima de los hombres. Flores que se mantuvieron lozanas y fragantes a lo largo de una agitadísima vida, se abrieron en el alma del nuevo Santo al calor de los besos maternales.

Examinando un poco su psicología religiosa llegaríamos pronto al convencimiento de que la devoción de Claret a la Santa Misa es una manifestación espontánea y esplendorosa de su encendido amor al augusto Sacramento.

El mismo, en párrafo que rezuma toda la frescura virginal de los primeros abriles, nos dice de la fe con que ya entonces *asistía a todas las funciones de nuestra Santa Religión: «Las funciones que más me gustaban eran las del Santísimo Sacramento; en éstas, a que asistía con una devoción extraordinaria, gozaba mucho.»* Algo de lo que aquí refiere el Santo se debió traslucir a los buenos sallentinos, cuando el Ilustrísimo Aguilar, tratando de la infancia de Claret, pudo escribir muy a nuestro propósito, tomándolo de testigos oculares: «Asistía al santo sacrificio de la Misa con un fervor que no podía ocultar en su interior y una modestia que embelesaba y edificaba a cuantos le veían.»

Los domingos y días de fiesta era, por de pronto, costumbre apenas interrumpida ni relajada en la familia Claret oír dos misas: una rezada y otra cantada, a la cual asistía en corporación, y después, cuando el calor del verano era más intenso, aun quedaba tiempo holgado para recoger las frugales provisiones, tomar los bártulos y enseres culinarios indispensables y salir al campo.

Una fuente, un bosque, la montaña, la orilla del río y con frecuencia el santuario mariano de Fusimaña solían



ser el término de estas excursiones para solaz del ánimo y fusión de las alegrías familiares de aquellos laboriosos tejedores. Precisamente a estas jiras se refieren dos anécdotas llenas de palpitante realidad campestre, salvadas del olvido por la hermana mayor, y en las que Toñín, niño de cuatro años, resulta el obligado protagonista.

Al P. Claret, educado en un ambiente de tan opulenta religiosidad, se le antojaría un caso raro de afovismo esa extraña necesidad de abandonar las ciudades y salir al campo ya antes de quebrar albos y vivir en un día totalmente pagano las primigenias formas de nuestros antepasados de la Edad de Piedra, que en domingos y fiestas de los meses calurosos experimentan imperiosa e irresistiblemente muchas personas de hoy día.

Si una causa justa no lo obstaculizaba, el pequeño Antonio, acompañado de sus hermanitos, asistía indefectible-

mente todos los días a la misa del rector de la parroquia, don José Amigó, sucesor de aquel intrépido anciano doctor Toll, caudillo del somatén sallentino en la gloriosa jornada del Bruch. El padre, *que era devotísimo del Santísimo Sacramento*, no hubiera permitido que sus rapazuelos dejaran un solo día la santa misa, sabemos por María, la hija menor.

El fervor y devoción de Antonio en estos actos él mismo nos los ha referido con candorosa ingenuidad, pero había un momento sobre todo en que el rostro se le encendía y el latir de su corazón rompía el ritmo y se aceleraba irremediamente: era la hora de la Comunión. Entonces su corazón y sus ojos, humedecidos por dulcísimas lágrimas, se le iban anhelantes tras la blanca hostia del copón.

Pero a los diez años, cuando ya le permitieron comulgar —hecho casi inaudito en aquel entonces—, la dicha de Toñín ya fué completa y no tuvo que envidiar más a las personas mayores, porque desde aquel día *«siempre más frecuenté los santos sacramentos de penitencia y Comunión, pero, ¡con qué fervor, con qué devoción y amor!... Más que ahora, sí, más que ahora, y lo digo con la mayor confusión y vergüenza... Cuando comparo mis primeros años con los días presentes me entristezco y lloro y confieso que soy un monstruo de ingratitud...»*, escribía emocionado medio siglo después con una sinceridad y humildad que enternecen.

De la vida espiritual intensa, de las prácticas de devoción y asistencia a los cultos del adolescente Claret, obrero en los talleres de su mismo padre, debe reafirmarse intensificado cuanto se refirió al tratar de su infancia, advierte el solícito biógrafo P. Fernández. Pero tal vez aquella asistencia tan asidua al santo sacrificio de la misa no la pudo mantener ahora ya tan normal; porque tiempos eran aquéllos en que de sol a sol, y también a la luz de los candiles y velones, no cesaba el rodar de las lanzaderas, ni el manso chirriar de las cardas, ni el voltear de urdideras y debanaderas, ni el sordo roce de cribas y de escriños.

Con todo, es incuestionable que, una vez en Barcelona y empleado en la *Fábrica dels Vigatans*, no frecuentaba ya el santo templo más que en los días festivos. No se debió, empero, este brusco viraje en la vida espiritual del joven sallentino a un estado de crisis religiosa mal superado. Las largas horas de trabajo en la fábrica, el interés que le iba mereciendo la industria textil, la constancia en asistir cada día a las clases de la Lonja y la fidelidad en cumplir con ellas, máxime las de dibujo, no podían ya dejarle materialmente tiempo para ningún otro quehacer.

Sus fervores de niño y adolescente indudablemente se enfriaron; él mismo lo confiesa. Pero su piedad debió adquirir por estos días un aire más viril, porque numerosas y pertinaces distracciones, que él denodadamente luchaba por alejar, le asaltaban en la misa semanal y en el rosario diariamente rezado. Le ocurría en ocasiones estar oyendo misa en la iglesia de San Justo y encontrarse en la imaginación con *más máquinas que santos no había en los altares*, según expresión suya muy gráfica que retrata, por otra parte, muy al vivo aquella *«especie de delirio que yo tenía para la fabricación.»*

Claret sufría entonces inmensamente, pues aunque *«a mí me gustaba muchísimo pensar y discurrir sobre aquellas materias, pero durante la misa y demás devociones paría de ellas, pero que ahora quería pensar en lo que*

hacia y rezaba.» A aquella noble alma, plenamente consciente de la infinita grandeza del santo Sacrificio, las viles nonadas de este mundo que en acto tan solemne pugnan por llenarle el corazón, la estremecían con una vibración de dolor que no se podía prolongar por mucho tiempo.

Diversas causas y de diversa índole —se hallan insinuadas en la Autobiografía— influyeron en la decisión de Claret de abandonar el risueño porvenir que empezaba ya a brindarle con halagadoras perspectivas; pero resulta interesante y aleccionador asistir a un acto de este drama íntimo.

Al fin del tercer año de su estancia en Barcelona se dirigía un domingo a San Justo para la misa de doce, según su reciente costumbre, y le asaltó un súbito remordimiento: «Antonio, Antonio, así no vas bien. ¡A misa de doce! Si por algún accidente faltase la misa o no llegases a tiempo, te quedarías sin misa.»

Otro día de fiesta pasaba eventualmente por el barrio gótico, y reparando en el numeroso público que en la iglesia de los Padres del Oratorio se entregaba a largos ejercicios de devoción y piedad, pensó: «Antonio, tú no debes cumplir con el precepto de la santificación de las fiestas con la audición de una sola misa y el rezo de tus devociones particulares; aunque no vayas a ninguna diversión y te pases el día estudiando y dibujando...»

Y fué en otro domingo cuando asistía a la santa misa. Súbitamente vió desvanecerse todas las máquinas de su cabeza y cesar todos los ruidos; y la misma encendida saeta que hirió de divinos amores el alma soñadora de Francisco Javier penetró ahora certera y profunda en el corazón de Claret... «¿Qué cuenta le trae al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma?» ... y en la de Antonio ya nunca más volvió a aflorar ningún pensamiento ni impulso terreno.

Es la santa Misa la oración clásica del cristiano, la única voz capaz de responder a nuestras multiformes necesidades, ha dicho el Cardenal Gomá. La misa que en el rústico templo celebra cada día el cura de la más insignificante aldea de nuestras montañas es, sin embargo, el acto más sublime de religión y la plegaria más perfecta que la Madre Iglesia eleva desde el mundo hasta el trono del Señor, y es para la humanidad fuente inexhausta de aguas vivas que discurre rumorosa por los eriales del vicio y de la tibieza, haciendo brotar a su paso la confortante y espléndida floración de una vida cristiana y fervorosa.

El P. Foucauld se sepulta vivo en las inmensas soledades del Sahara con la única ilusión de que el Cordero Divino irá domeñando la agresividad de aquellos árabes nómadas y la Sangre Preciosa diariamente vertida en las arenas estériles y ardientes del desierto las irá trocando, poco a poco en vergeles de Dios que oree la brisa del Espíritu.

El P. Claret escribió que la devoción a la santa misa es la más provechosa de todas las devociones, y probablemente pensaba, al escribirlo, en los años azules de su infancia inocente y en los días blancos de su juventud inmaculada y en aquellos instantes decisivos de su vida; porque si la santa Misa no es, como los Sacramentos, instrumento eficiente de la gracia que la produzca «ex opere operato», nos dispone por modo admirable —y más proporcionalmente a la mayor devoción con que se asiste y a la parte que en ella se toma— a la efusión copiosa de la gracia santificante en el alma.

Gracia abundante se necesitaba y muchos auxilios de lo alto para mantener incólumes los principios cristianos en una fábrica cuyo propietario era un archiliberal empedernido, «capitán de milicianos en la quema de conventos de 1835», y en la que trabajaban, además un centenar de obreros que blasfemaban como diablos y porfiaban po-

sitivamente por contagiar de su peste al joven sallentino; y gracia muy grande era el llamamiento al Sacerdocio que hacen suponer en él la misma devoción extraordinaria y el fervor edificante que de niño mostró al asistir al Santo Sacrificio. No era, ciertamente, aquel regalarle íntimamente con las dulzuras del Señor; mas nuestro joven se batía heroicamente por dominar su ardiente fantasía y parar el engranaje de tantas máquinas como funcionaban en su cabeza, turbándole la tranquilidad del alma.

Pero a Antonio le aguarda ya el Seminario de Vich. Las ocupaciones únicas del Seminarista han de ser, por muchos años, los libros y el ayudar la misa a su bienhechor; todos los días a primeras horas de la mañana se veía a don Fortunato atravesar en compañía del fámulo las cortas calles que separan su casa de la Catedral. En el silencioso retiro de aquella ciudad asceta irá disponiendo su alma con ardorosa ilusión para el día tantas veces soñado de subir las gradas del Santo Altar.

El sacerdote ha de buscar la fuente de gracias necesarias para su santificación en el recto desempeño de las funciones sagradas; de él dice el Cardenal Gomá que está en el pueblo, ante todo, como liturgo y que los demás oficios suyos, sin ser secundarios, están subordinados al principal ministerio de las funciones sagradas.

La santidad sacerdotal depende del fervor con que se celebre la misa y se viva la liturgia del Santo Sacrificio: es muy cierto que a tal misa tal sacerdote, aunque aquí los términos son correlativos y se pueden invertir, quedando intacta la verdad de la proposición.

La santidad del P. Claret ha sido solemnísimamente declarada por la Iglesia, y al intentar probar la devoción del Apóstol catalán a la Santa Misa sería muy legítima la suposición, si otras pruebas aducirse no pudiesen. No es éste nuestro caso; son tantas las referencias que han quedado a este respecto y de tanto valor, que más bien podríamos deducir la eximia santidad de aquel sacerdote de cuerpo pequeño por lo endiosado que aparecía en el altar.

Tomando como al descuido y sin artificio algunos de los muchos testimonios, podemos figurarnos cuál era la misa de nuestro Santo. El pudo decir muy bien, repitiendo a San Pablo de la Cruz, que nunca se había acercado al altar por rutina y sin sentir el alma hondamente emocionada. A la misa —celebrada muy de mañana, para que trabajadores y madrugadores tuvieran proporción de oírlo siendo ecónomo en Sallent y regente en Viladrau, y para que el ruido de las cosas del mundo no llegara a turbar la paz del espíritu después— precedía siempre una hora de oración mental.

El P. Claret, comprendiendo que su oficio era el de liturgo, vivía para la misa y en la misa polarizaba su vida espiritual. El martirio más doloroso para un buen sacerdote es el verse privado de celebrar. Emociona y conmueve leer en el diario del P. Foucauld aquel «Deo Gratias... Deo Gratias... Deo Gratias...» escrito con mano febricitante e insegura... El Misionero del silencio se había quedado sin acólito, y de resultas se veía condenado a la más sensible privación; cuando de Roma le llega la apetejada facultad, el correo encuentra al santo moribundo, postrado por terrible enfermedad, pero del corazón del anacoreta se eleva la gratitud y queda la muestra en aquellos trazos inseguros del papel.

El Misionero catalán también se vió en el amargo trance de perder su misa; pero ocasión hubo en que no dudó aprovecharse del favor que le dispensaba la Reina del Cielo para obtener la gracia de una curación maravillosa y poder ofrecer a la Divina Majestad la Hostia de Propiciación:

PLURA UT UNUM

Tal ocurrió con aquella terrible herida en el costado, debida a cruel intervención diabólica, curada de la noche a la mañana ante la admiración y pasmo de los facultativos. Y es bellísima por todos conceptos la jaculatoria con que procuraba reavivar el fervor de su espíritu a lo largo del día: «¡Ay, Jesús mío! Así como el agua se junta al vino en el Santo Sacrificio de la misa, así deseo yo juntarme con Vos y ofrecerte en sacrificio a la Santísima Trinidad.

Si en alguna cosa fué escrupuloso el P. Claret fué ciertamente en el cuidado exquisito, si no nimio, que ponía en la observación de las rúbricas, y quería que los demás sacerdotes las cumplieren también. Ya Arzobispo de Cuba, y en Santa Visita Pastoral, pregunta insistentemente en todas las parroquias cómo se celebra la misa y si los fieles asisten frecuentemente a ella. En Santiago de Cuba, las funciones de Semana Santa eran ensayadas con esmero y asistencia de todos los Sagrados Ministros y del mismo Arzobispo, que debía ser muy aficionado a esta clase de ensayos, pues en Ejercicios Espirituales, al improvisado Clero de su Diócesis eran indefectibles las lecturas y conferencias, dadas por él mismo, sobre el modo práctico de celebrar.

Este cuidado en la observancia de las menores reglas litúrgicas le nacía al P. Claret de su profundo respeto por el Santo Sacrificio. Ya en el Altar y en la ejecución de las Sagradas ceremonias su persona se transformaba; nunca como en aquellos momentos le debían impresionar tanto las palabras del Apóstol: «*Induimini Dominum Jesum Christum*» (Rom., 13, 14), y ciertamente era el mismo Jesucristo, con su fervor y modestia, el que entonces oficiaba. Fray María Teódulo, Monje de Fonfroide, dice: «Vi al Siervo de Dios mientras celebraba la misa y me conmovió tanto su recogimiento y piedad, que por curiosidad fui varias veces a contemplarle para edificación mía.» Son muchos los que consignan la admiración que les producía nuestro Santo al celebrar; y Rovira afirmaba en los Procesos haber confesado a varias personas convertidas por la modestia que guardaba en aquel acto el Arzobispo. La Reina Isabel tenía suma complacencia en asistir a la misa de su Confesor, y aunque para este oficio había persona designada en la Corte, era muchas veces llamado a Palacio el P. Claret para satisfacer el gusto de la soberana, que en una ocasión tuvo el inefable placer de contemplar nimbada de celestes resplandores la venerada persona de su Director.

Acabada la misa, se retiraba del altar con la misma compostura y fervor, «llevando los brazos cruzados ante el pecho, como quien lleva abrazado a Jesús», y así permanecía largo rato, sin moverse, de rodillas en su reclinatorio, del que apartaba todo almohadón. Eran entonces tan vehementes los afectos, que le parecía quedar aniquilado: «*Vivo con la vida de Dios. No quiero cosa que no sea su santísima voluntad: todo soy aniquilado.*»

En posición extática y fervor seráfico permanecía de ordinario media hora oyendo la misa de su paje o secretario; pero un Jueves Santo se mantuvo absorto e inmóvil ante el Monumento hasta que le advirtieron ser ya la hora de los Oficios del Viernes Santo. Aquellos instantes de después de la misa eran muy caros al Arzobispo, y en ellos mereció oír de labios del mismo Jesucristo la aprobación del áureo libro «El Colegial o Seminarista Instruido» y recibir de los brazos de la Santísima Virgen, en una Noche de Navidad, el tierno cuerpecito del Divino Infante.

Podrá haber parecido anodino u ocioso tratar de la devoción de Claret a la Santa Misa, columna vertebral de toda vida cristiana, reproducción real y mística del Sacrificio de la Cruz, de donde arranca precisamente toda gracia con respecto a nosotros, en los mismos días en que esta legítima gloria de nuestra tierra, gigante de la santidad, se muestra al mundo católico desde los esplendores de la gloria de Bernini.

Pero tal vez no sea vituperable empeño actualizar más la figura excelsa del que fué obrero modelo en nuestra ciudad y gran Apóstol de Cataluña, asociándolo a la Cruzada Internacional de Oración y Penitencia en el Año Santo y proyectando sobre la vida del egregio Misionero la luz de la mejor de las devociones cristianas.

Claret fué todo su vida gran devoto de la Santa Misa: asistió a ella siempre que pudo y con un fervor y piedad edificantes, y una vez sacerdote la decía con una devoción conmovedora. Claret fué, además, gran propagandista y apóstol de la Santa Misa: en casi todos sus opúsculos se detiene a aconsejar a los lectores que asistan al Santo Sacrificio siempre que puedan, y advierte en el «Camino Recto» que, muchas veces, no se va a Misa por el innoble y vergonzoso respeto humano, no por agobio verdadero de trabajo.

Además, en los últimos años del azaroso reinado de Isabel II vió el P. Claret que tres grandes males amenazaban a España, y para atajarlos le dió a conocer el Señor que se habían de aplicar tres grandes remedios: el Trisagio, el Santísimo Sacramento y el Rosario. *El Trisagio, rezándolo cada día. El Santísimo Sacramento, oyendo la Misa, recibéndole con frecuencia y devoción sacramental y espiritualmente. El Rosario, rezando las tres partes cada día, o a lo menos una, meditando los misterios, aplicándolos a las costumbres propias.*

La Dirección General del Apostolado de la Oración, para incorporar sus socios a la Cruzada Internacional de Oración y Penitencia —instituida para atraer sobre el mundo el gran don de la paz—, les proponía a principios de año la asistencia al Santo Sacrificio de la Misa en un día libre de la semana, además del de precepto.

Son los mismos métodos, y nada por cierto más a propósito para que el Angel de la Paz extienda la albura de sus alas sobre el mundo, como que la comunidad cristiana se adhiera con vigorosa voz a la plegaria del Sacerdote: Cordero de Dios... danos la paz.

Jorge M.^a Nogués, C. M. F.

Un fuego divino...

Convencidísimo, pues, de la utilidad y necesidad del amor para ser un buen misionero, traté de buscar ese tesoro escondido, aunque fuera preciso venderlo todo para hacerme con él. Pensé con qué medios se adquiriría, y hallé que se consigue por estos medios: 1.º Guardando bien los mandamientos de la ley de Dios. 2.º Practicando los consejos evangélicos. 3.º Correspondiendo con fidelidad a las divinas inspiraciones. 4.º Haciendo bien la meditación. 5.º Pidiéndola y suplicándola continua e incesantemente y sin desfallecer ni cansarse jamás de pedir, por más que se tarde a alcanzar. Orar a Jesús y a María Santísima y pedir sobre todo a nuestro Padre que está en los cielos, por los méritos de Jesús y de María Santísima, y estar segurísimo que aquel buen Padre dará el divino Espíritu al que así lo pide. 6.º El sexto medio es tener hambre y sed de este amor, y así como el que tiene hambre y sed corporal siempre piensa cómo se podrá saciar y pide a todos los que conoce le podrán remediar, así determino de hacerlo con suspiros y deseos encendidos, me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: ¡Oh Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin! ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh amor mío!

No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla, Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mí suficientísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo mi hermano, mi esposo, mi todo. Yo os amo, Padre mío, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que yo os ame. ¡Oh Padre mío! Bien conozco que no os amo cuanto debo amaros; pero estoy bien seguro que vendrá el día en que yo os amaré cuanto deseo amaros, porque vos me concederéis este amor que os pido por Jesús y por María. ¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío; os pido amor, amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Un fuego divino. Un fuego sagrado enciéndame, árdame, derrítame al molde de la voluntad de Dios.

¡Oh Madre mía María! ¡Madre del divino Amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socorredme, saciádmel! ¡Oh corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!

¡Oh prójimo mío!, yo te amo, yo te quiero por mil razones. Te amo porque Dios quiere que te ame. Te amo porque Dios me lo manda. Te amo porque Dios te ama. Te amo porque eres criado por Dios a su imagen y para el cielo. Te amo porque eres redimido por la sangre de Jesucristo. Te amo por lo mucho que Jesucristo ha hecho y sufrido por ti; y en prueba del amor que te tengo, haré y sufriré por ti todas las penas y trabajos, hasta la muerte, si es menester. Te amo porque eres amado de María Santísima, mi queridísima Madre. Te amo porque eres amado de los ángeles y santos del cielo. Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré y enseñaré los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por los caminos de las obras buenas y del cielo.

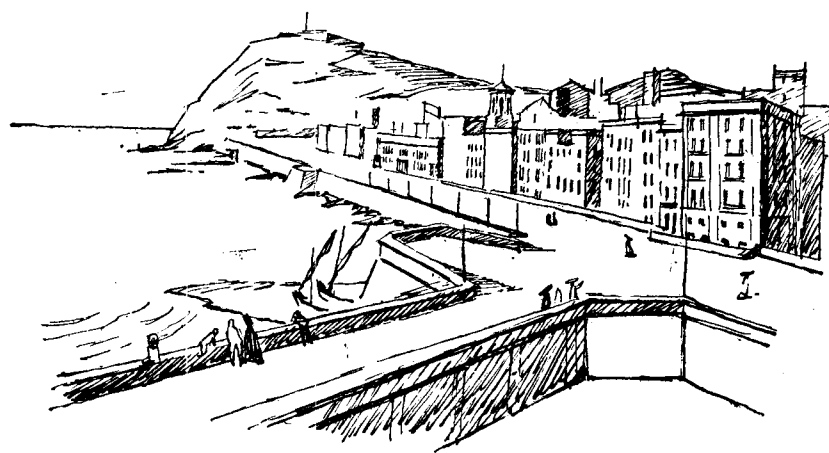
(Autobiografía de San Antonio María Claret. Vol I del Archivo Histórico de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pág. 150)

Pobreza apostólica

Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así como lo conocí lo puse en obra. *Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba.* Con el vestido que llevaba y la comida que me daban, estaba contento. En un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme; nada más. Dinero, nunca llevaba, ni quería. Un día tuve una alarma. Me metí la mano en el zurrón del chaleco y creí hallar una moneda; me espanté, la saqué, la miré y con grande consuelo vi que no era una moneda, sino una medalla, que mucho tiempo antes me habían dado. Volví de la muerte a la vida. Tan grande era el horror que tenía al dinero.

No tenía dinero, pero tampoco lo necesitaba. No lo necesitaba para caballería, diligencia, ni ferrocarril, porque siempre andaba a pie, siendo así que tenía que hacer unos viajes muy largos, como diré en otro lugar. No lo necesitaba para comer, porque lo pedía de limosna adonde llegaba. No lo necesitaba tampoco para el vestido, porque Dios Nuestro Señor me conservaba la ropa y el calzado casi como a los hebreos en el desierto. Conocía claramente que era la voluntad de Dios que no tuviese dinero, ni aceptara cosa alguna, sino la precisa comida para el momento, sin recibir jamás provisión alguna para llevar de una a otra parte.

(De la Autobiografía del Santo, pág. 447)



Barcelona, en los tiempos del Padre Claret



Discurso de S. S. Pío XII, ante los peregrinos españoles, ensalzando la figura y la obra de San Antonio M.^o Claret

«Desde casi todas las regiones de España habéis venido, amados hijos, para asistir al solemne triduo de aquel cuyo nombre está queriendo brotar en estos momentos de los labios de todos: San Antonio María Claret. Y Nos, al acogerlos con la mayor cordialidad y el más paternal afecto, deseamos daros la bienvenida y expresaros la satisfacción con que hemos otorgado los máximos honores de los altares a tan eminente figura, honra de su Patria y de la Iglesia. No es de aquellos a quienes la gloria va a descubrir por haber vivido ignorados o escondidos. Antonio María Claret hijo de padres cristianísimos pero modestos, en su infancia y en su juventud trabajó conocimiento con el telar y el taller, pero muy pronto los muchos dones que el Creador había depositado en su alma privilegiada y la generosidad con él correspondió a la voz divina, lo elevaron sobre el nivel común.

Eran tiempos difíciles y confusos, por eso su primer ministerio en su patria chica — Sallent — no fué tan sencillo, y más aún si se considera que también en su alma ardiente fraguaba algo que él mismo no acababa de ver con claridad, de aquí su primer viaje a Roma, su tentativa misional y su regreso iluminado con un ideal que pronto se concretaría en su obra principal, sus misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que habían de ser los herederos de su celo insaciable, de su fervor altísimo y de su amor a las almas.

Cualidades tan excelsas requerían más amplio escenario y nuestro gran predecesor Pío IX, vió en él un "pastor según el corazón de Dios", eligiéndole para la sede metropolitana de Santiago de Cuba, donde Antonio María Claret fué el prelado ejemplar, enamorado de su clero y de su seminario, favorecedor de nuevas instituciones religiosas para el bien de su grey, heroico entre los terrores del terremoto y el cólera, celador incansable de la pureza de la vida cristiana entre sus ovejas, a las que dejó el mejor testimonio, el de su propia sangre derramada en atentado sacrilego.

Mas la Providencia le quería aún en un lugar más visible, confesor y consejero de una Reina, y en tan delicada posición, Antonio María Claret siguió el de siempre: fervoroso, mortificado, pobre, prudente y sobre todo amantísimo de esta Sede Apostólica, por cuyo amor abandonó su codiciable puesto con la misma fidelidad con que, en el ocaso de su vida, hacia vibrar de emoción — aquí en esta misma basilica — a todo el Concilio vaticano, al escuchar la vigorosa defensa de la infalibilidad pontificia, hecha por aquel anciano y prestigioso campeón de la fé.

Alma grande nacida como para ensamblar contrastes, pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo, pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante, de apariencia modesta, pero capacísimo de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra, fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien sabe el freno de la austeridad y de la penitencia, siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prestigiosa actividad exterior, calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y ante tantas maravillas, como luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Madre de Dios.

No son nuestros tiempos menos difíciles que los del Santo arzobispo de Cuba, confesor de la Reina de España y fundador insigne. Por eso juzgamos providencial el poder ponerle como modelo para todos, pero especialmente para vosotros — sus paisanos y devotos — y más en especial para sus celosos hijos e hijas cuyos respectivos Institutos con todas sus obras y con todas las almas que de aquellos se benefician, queremos paternalmente bendecir.

Que la bendición de Dios Omnipotente descienda, hijos amadísimos, sobre todos vosotros, sobre todos aquellos que recordáis y amáis, sobre vuestra querida Patria, sobre vuestras santas intenciones y justos deseos y que permanezca para siempre.



La participación de las Congregaciones Marianas en la Cruzada de Oración y Penitencia

Mientras tantos fieles de Cristo, principalmente en las naciones sometidas al comunismo, e incluso la misma Jerarquía, sufren acerbos persecuciones, los católicos verdaderos y militantes no pueden contemplar con indiferencia esta lucha impía contra nuestra Madre la Iglesia. ¿Y qué decir de los congregantes marianos, que, como afirmaba recientemente el Sumo Pontífice, deben considerarse «fortísimos ejércitos y fuerzas espirituales en la defensa, difusión y sostén de la religión católica»?

Con ocasión del Año Santo, el Sumo Pontífice nos ha exhortado a todos para que este año sea tiempo de propiciación, oración y penitencia, sea tiempo de retorno a Dios, sea la hora de Dios en el mundo entero.

¡Y no nos deben desalentar las gravísimas calamidades que oprimen a la Iglesia! Ciertamente nuestras fuerzas humanas son pequeñas y débiles; mas «todo lo podemos en Aquel que nos conforta». Nuestra oración, principalmente unida a la intercesión de nuestra poderosísima Reina, puede también en cierto modo ser llamada «omnipotencia suplicante». Nuestra penitencia es aceptada en la presencia de nuestro Salvador y Rey universal. Mas todavía, nuestra acción humana, tal vez en sí ineficaz, puede ser bendecida por Aquel que quiere que los hombres cooperen a su gracia.

En estos nuestros tiempos es urgente el deber de que todos, unánimes en la oración, la caridad y la penitencia, asociados al Corazón del Señor universal como en una **Cruzada**, acudamos al remedio de los males comunes.

Esta Cruzada, en este momento de tal modo necesaria, ya algunas Congregaciones marianas la iniciaron espontáneamente; principalmente las Congregaciones de Holanda, entre las que sobresale la Confederación de Congregaciones marianas de jóvenes de Rotterdam, que con ánimo incansable y ardiente amor hacia la Iglesia, emprendió este trabajo con total aprobación de la Jerarquía.

Pero, puesto que se trata de todo el mundo, es preciso que todo el mundo, por esta intención de la Iglesia, ore, padezca, trabaj y luche. Y no sólo las Congregaciones Marianas de todo el mundo. El Apostolado de la Oración, juntamente con las Congregaciones Marianas, colabora diligentísimamente en esta obra. Pero no se trata de esto sólo, sino de levantar una Cruzada en todo el pueblo fiel, con la aprobación y bendición de la Sagrada Jerarquía.

Por esto es preciso que las Congregaciones Marianas, como hace el mismo Apostolado de la Oración, tomen esta Cruzada ciertamente con el máximo fervor; pero no como una cosa propia ni exclusiva, sino que, por el contrario, deben cuidar de que todos, en cada región o nación, se adhieran a esta Cruzada.

Los medios que se pueden emplear para esta Cruzada mundial por la Iglesia que está padeciendo persecución, principalmente por obra del comunismo, pueden ser varios, según las condiciones de los tiempos y países. Pero esto se debe proponer en concreto:

Ante todo por cierto, pues en esto consiste principalmente nuestra fuerza, debemos procurar la oración continua, así pública como privada, durante todo el Año Santo, por esta intención, y puesto que colaboramos fraternalmente en esta obra con el Apostolado de la Oración, conviene se adopten aquellas obras de piedad que los socios del Apostolado practicarán: por ejemplo, la asistencia frecuente a la santa misa, la sagrada comunión en espíritu de reparación y el cotidiano rezo del rosario.

Pero ya que el linaje de demonios que atacan a la Iglesia no son arrojados sino por la oración y el ayuno, hágase por todos los congregantes la mayor penitencia posible, así corporal como de la merite, para que Nuestro Señor crucificado pueda reconocer en nosotros miembros de algún modo semejantes a su Cabeza, y así nuestra oración, más unida a la intercesión de la Víctima Divina y de la Virgen dolorosísima, sea más eficaz ante Dios.

Finalmente, no se deben despreciar los mismo medios humanos que se puedan emplear para propugnar y defender la Iglesia de Dios. Así, por ejemplo, ya en algunas regiones se ha comenzado una gran propaganda para que se reúnan los nombres del mayor número posible de católicos, de tal modo que se pueda presentar una ingente protesta de muchos millones de católicos a las Naciones Unidas contra la increíble y diabólica persecución de que son objeto los sacerdotes y los fieles.

A todos exhortamos con todas nuestras fuerzas para que, cualesquiera que sean los medios prácticos que se apliquen, abracen con todo el fervor de su alma esta Cruzada, de modo que el misericordiosísimo Señor, movido por la oración de todo el mundo, se digne abreviar los días luctuosos de nuestros hermanos que padecen persecución.

Esta Cruzada será la Intención Mundial de las Congregaciones Marianas durante todo el Año Santo de 1950.

EL SECRETARIADO CENTRAL DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS

Fundamento esencial de nuestra Cruzada

El espíritu o, por mejor decir, el fundamento esencial de espíritu de esta Cruzada es: llevar a los hombres al Corazón de Jesús por medio del Corazón de María; es renovar en el mundo la devoción hacia el Corazón de Jesús, devoción que nos ha sido dada por Dios y por la Iglesia, como el medio **extraordinario** para vencer los males **extraordinarios** de nuestros tiempos, y para sanar las **extraordinarias** aflicciones de la humanidad.

Afirmación que puede probarse así:

a) Por la devoción considerada en sí misma. Pues quiere honrar lo que es como el alma de toda la redención: el amor de Cristo para con nosotros, pecadores. Y quiere honrar este amor, en cuanto que por la consagración a él, este mismo amor y su reinado es reconocido y propagado, y en cuanto que, por los actos de expiación y de satisfacción, es reparado el amor de Cristo maltratado y rechazado.

Por esto, en el tiempo en que la caridad más y más se enfría entre los hombres, tal devoción debe ser considerada como de la máxima importancia.

b) Por las recomendaciones de la Iglesia. Principalmente León XIII, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII han recomendado con frecuencia esta devoción como el remedio peculiar para nuestros tiempos.

c) Por la histórica devoción al Sagrado Corazón en su forma moderna, es decir, en la forma con que el mismo Señor la reveló a Santa Margarita, comienza precisamente en aquel tiempo en que la caridad más y más se enfriaba entre los hombres; dentro de la Iglesia por el jansenismo y el iluminismo; fuera de la Iglesia por el racionalismo cada vez más hostil a la Iglesia. Y cuanto más crecieron la lucha contra Cristo y la Iglesia, creció, tanto más floreció, esta devoción hasta la Consagración del género

humano bajo León XIII, hasta la institución de la fiesta de Cristo Rey y la elevación de la fiesta del Sagrado Corazón bajo Pío XI y hasta la Consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María.

d) Por la experiencia cotidiana de los que practican y propagan esta devoción. Repetidamente hacen la misma experiencia; donde esta devoción florece, allí prospera la vida cristiana.

Por lo demás, el mismo Señor Jesús, que reveló esta divina devoción, la designa como «el último y supremo signo de mi amor hacia los hombres, el máximo esfuerzo de mi amor»; y el Sagrado Corazón se ofrece como un nuevo Mediador entre Dios y los hombres.

El Papa Pío XII, durante el Año Santo de 1950, hará la renovación de la Consagración del género humano al Corazón de Jesús; esta nuestra Cruzada será la preparación óptima para todo el mundo, para que esta Consagración se lleve a cabo sincera y devotamente.

Por el Inmaculado Corazón de María

Con el favor de Dios, la devoción hacia la Santísima Virgen en general y de un modo especial a su Inmaculado Corazón ha hecho, en estos últimos años, grandes progresos en todas las naciones. Toda la esperanza y los deseos sobrenaturales de los hombres se dirigen a la Madre de Dios, y bajo su guía la vida cristiana se restaura en todas partes.

Semejante movimiento mariano casi universal muestra que se aproxima la hora del triunfo del Reino del Corazón de Jesús, porque la Santísima Virgen es siempre **camino** seguro que nos lleva a Cristo. Ella es la Aurora que anuncia el Sol próximo; Ella es la Mediadora, por la cual la gracia, que brota del Corazón de Jesús como de su fuente propia, llega hasta nosotros, y se nos comunica de Cristo a nosotros.

Nuestra Cruzada no destruirá ni perturbará esta saludable «corriente mariana» que felizmente se difunde en todo el mundo católico, sino que la dirigirá a su fin natural, que es el Corazón de Jesús. Y ésta es la razón por la que Dios ha excitado con su gracia tan grande estos fervores marianos. Porque Dios no puede contradecirse a sí mismo. Si pues Cristo manifestó que la devoción a su Corazón era como «una nueva Redención», el remedio de los males de nuestros tiempos y el medio extraordinario para que el pueblo cristiano sea de nuevo conducido al fervor de la primitiva Iglesia y a llevar una vida verdaderamente cristiana, y la misma Iglesia sancionó estas revelaciones, y los Sumos Pontífices recomendaron esta devoción como el remedio peculiar que el cielo nos ha concedido para nuestro tiempo, es cierto que no puede ofrecernos Dios otro remedio que se oponga a la devoción al Corazón de Jesús, o que no conduzca a esta misma devoción.

Por consiguiente, todos estos movimientos marianos tienen este fin: llevar las almas al Corazón de Jesús.

Debemos fomentar ambas devociones, y esforzarnos en llevar las almas al Corazón de Jesús no por otro camino que el del Inmaculado Corazón de María; hay que ayudar con corazón sincero tales movimientos marianos, por cuanto han nacido precisamente para esto: para que la devoción al Corazón Divino de Jesús arraigue en las almas con más profundas raíces y a todos encienda en aquel espíritu de amor y de reparación tantas veces pedido por el Corazón de Jesús y por la Santísima Virgen.

Por esta causa, lo primero que de nosotros se exige es la asistencia al Sacrificio de la Misa y, a ser posible, la comunión reparadora, porque esto es lo que expresamente pidió el Corazón de Jesús a sus devotos. Por esta causa, los que se adhieran a esta Cruzada recen cada día el Santo Rosario, porque debemos ser llevados al Corazón de Jesús por medio del Corazón de María. Pues ambas devociones se nos han dado como medios extraordinarios para nuestras extraordinarias necesidades; ambas son el camino, aunque en diverso orden de preeminencia y de eficacia, y ambas se ordenan al amor y al servicio de Cristo Rey: que es el fin último de toda criatura.



San Antonio M.^o Claret y el Mensaje de Fátima

I. — FÁTIMA

Fátima se abre a nuestras pupilas como la gran revelación del siglo xx. En el caos de un mundo agonizante por la asfixia materialista irrumpen la luz esplendorosa del cielo, del espíritu, de esa porción que trasciende lo rastro de la materia. Hay algo superior a esto que vemos y palpamos. Nuestro ser no es sólo un puñado de polvo que después se llevará el viento. Palpita en la arcilla de nuestro «Yo» algo divino, algo que no puede encontrar su fin en las cosas creadas.

Este es el significado general de la gran revelación de Fátima: un destello de sobrenaturalismo que ilumina la tiniebla densa del mundo materialista y grosero.

El Corazón de María quiere reivindicar los valores de espiritualidad encarnados en el misterio de nuestra vida.

«*Mi pueblo es el cielo*», dice la Señora a Lucía. Y añade: «*¿Queréis ofrecer al Señor, dispuestos a sacrificaros, y aceptar con gusto todas las penas que El quiera enviarnos, en reparación de tantos pecados con los que se ofende a la Divina Majestad, para alcanzar la conversión de los pecadores, y en reparación de las blasfemias y de todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?*» Una encomienda: «*Rezad todos los días el Rosario con devoción para obtener la paz del mundo.*»

Ha transcurrido un mes. Los afortunados videntes esperan ansiosos junto a la encina de las apariciones. Quedan envueltos en un atmósfera divina. Se ilumina el primer secreto: «*Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado*»... y delante de la mano derecha de la Señora aparece un corazón rodeado de espinas que lo punzan por todas partes. Es el Corazón de María que pide penitencia y reparación.

Después de un calvario que puso a prueba la virtud de los videntes, amanece el 13 de julio saturado de expectación.

Por segunda vez enlaza el cielo la devoción al Inmaculado Corazón de María y la conversión de los pecadores: «*Sacrificaos por los pecadores y decid frecuentemente, en especial al hacer algún sacrificio: ¡Oh, Jesús, por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de las injurias cometidas contra el Inmaculado Corazón de María!*»

Contemplan los videntes el drama trágico del infierno. Presa del espanto, clavan sus miradas en la celestial Señora y escuchan la encomienda de la Virgen: «*Habéis visto el infierno, adonde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlos, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si se hiciera lo que os diré, muchas almas se salvarán y vendrá la paz.*» Anuncia a continuación los castigos que amenazan al mundo. «*Para impedir esto vendré a pedir la consagración del mundo a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora en los primeros sábados de mes.*» ... «*Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.*» Y concluye: «*Cuando recéis el rosario decid al final de cada decena: "Oh, Jesús, perdonad nuestras culpas, preservadnos del fuego del infierno; llevad al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia."*»

Creemos ociosos los comentarios. Penitencia, Rosario y Corazón de María son el resumen y compendio de las manifestaciones de Fátima. Oración *penitente del Rosario*, para desagraviar al *Corazón de María* de los ultrajes que le infieren los pecadores.

II. — FIGURA PROFÉTICA

El mensaje de Fátima es objeto de una singular profecía.

Transcurre el siglo xix lleno de revolución y librepensamiento. Dios está de más en el entendimiento y corazón de españoles renegados. La religión de sus mayores es causa del atraso de la industria, comercio y de la hacienda. Por esto les halagan las doctrinas exóticas, importadas particularmente de Francia. Baja el nivel moral del pueblo. La propaganda antirreligiosa, avasalladora. El poder real, desprestigiado.

Es el marco histórico de nuestro héroe. Hemos recalado las sombras para que aparezca más esplendente su talle de profeta y apóstol.

A) *Profeta de la penitencia.*

Esboecemos únicamente el hecho contentándonos con ideas generales. No queremos multiplicar citas que nos harían fastidiosos.

Se ha denominado al P. Claret el Apóstol del siglo xix. Este solo apelativo demuestra hasta la saciedad el papel principalísimo que en el siglo de la revolución y de la decadencia religiosa en España jugaba el P. Claret. Misionero apostólico primero, su actividad queda circunscrita al Principado catalán. Incansable en sus predicaciones, hace sus viajes a pie y no lleva dinero ni provisión, confiado en el Señor que cuida a las aves del cielo y viste los lirios del campo. Vive de limosna y no acepta nada en pago del sagrado ministerio. Es un renuevo auténtico de los apóstoles de Cristo. No hay púlpito de Cataluña que no se haya estremecido al oír la voz apocalíptica del predicador de la penitencia. Sus temas de predicación son las verdades eternas y los deberes del cristiano. El soplo de la palabra divina remueve las cenizas que encubren la fe y el entusiasmo religioso del pueblo español.

Arzobispo de la metrópoli cubana, recorre incansable varias veces su extensa y difícil diócesis, como en los tiempos de sus correrías apostólicas por tierras catalanas. Esta actividad misionera es la traducción del lema que reza en su escudo pastoral: «*Charitas Christi urget nos.*» La caridad de Cristo nos apremia. Este es el resorte de aquel gran Apóstol, que, incansable, en sus fatigosas misiones predica penitencia como otro Juan.

B) *El Domingo de los tiempos modernos.*

Así se ha llamado también a Claret. No es piadosa exageración. Lo mismo que Domingo de Guzmán en sus campañas contra la herejía albigense, Claret esgrime el arma poderosa del Rosario para hacer frente a las herejías modernas del materialismo y comunismo. Así lo dice él explícitamente en sus apuntes íntimos.

Sus palabras, que aparecen en otro de los artículos del presente número, parecen una traducción del Mensaje de Fátima. Huelgan comentarios. A esta fecha se refiere sin duda lo que nuestro Santo escuchó de los labios mismos de la Santísima Virgen: «*En la devoción al Santo Rosario está basada la salvación de España.*»

¿Qué motivos pudo tener Claret para propagar la devoción del Rosario? Muchos. Se pueden catalogar, por su modalidad, en ordinarios y extraordinarios.

a) *Extraordinarios.* — Apariciones y locuciones de la misma celestial Señora. Dice Claret en sus apuntes íntimos de 1858: *El día 3* [octubre], *a las cuatro de la madrugada, me dijo* [la Virgen] *lo que ya me tenía dicho antes, que yo había de ser el Domingo de estos tiempos en la*

propagación del Rosario, y luego escribí el librito del Rosario.»

Cuatro años más tarde, a las 6'45 de la tarde del 6 de diciembre, refiere Claret en sus manuscritos: «*La Santísima Virgen me dijo que yo había de propagar la devoción del Santísimo Rosario, como lo hizo el venerable Alano de Rupe.*»

Estos y otros testimonios que podríamos aducir son el índice más elocuente de su actividad apostólica en la propagación del Rosario.

b) *Ordinarios.*—A estos motivos de carácter preternatural juntábanse otros de orden natural, redundancia en su espíritu de las enseñanzas recibidas por divina revelación. Así lo consigna él en diversas ocasiones en sus escritos. El Santo Rosario dice: «*Es la devoción más grata a Dios y a la Santísima Virgen, a la par que la más provechosa a todos los hombres, después de la Santa Misa.*» «*La devoción a María por excelencia; la más santa, más grande y agradable.*» «*El medio más poderoso, fácil y suave para disipar ignorancias, quitar errores y herejías.*» «*Un eficaz remedio para socorrer las necesidades del mundo y conceder [Dios] las gracias que los mortales necesitan para salvarse.*» Porque mediante «*la devoción del Santísimo Rosario se ha hallado remedio en las necesidades públicas de guerras, pestes, hambres y otras calamidades.*»

Estas son las convicciones profundas de Claret. El Rosario era en su espíritu el remedio de las calamidades públicas y privadas, religiosas, sociales e individuales y el medio más apto de perfección y santificación personal.

c) *Obra apostólica de propaganda.*—Múltiples fueron los medios de que echó mano el Apóstol del Rosario. En la imposibilidad de hacer un recuento exacto de todos, nos parece apta la clasificación siguiente:

1) El ejemplo; 2) la palabra; 3) la pluma; 4) difusión y reparto de objetos religiosos; 5) asociaciones.

1. *Apostolado del ejemplo.*—Los ejemplos arrastran. Esta verdad psicológica no podía pasar desapercibida al talento observador característico de Claret. El ejemplo es el arma que esgrime para inculcar la mortificación corporal, según afirma en la Autobiografía, y del ejemplo también se sirve para propagar la devoción al Rosario.

Quien tan altamente sentía de tal devoción debía traducirlo en realidades y más pesando sobre sus hombros la responsabilidad del Apóstol. Sentía verdadera satisfacción en dirigir por sí mismo el rezo del Santo Rosario, y exhortaba a los sacerdotes a que también lo recitasen ellos en público, como se observa en su opúsculo «*Arte de misionar en las aldeas*». Su vida es un ejemplo continuo de devoción al Stmo. Rosario.

2. *Apostolado de la palabra.*—Su celo ardiente encontraba en este sabroso tema la fuente inagotable de su predicación. No daba misión en la que no incluyera una exhortación al rezo del Santo Rosario. «*Después de 1840, en que dió principio a sus misiones, hasta 1850, en que fué consagrado Arzobispo, y aun podemos decir hasta su muerte, su especial empeño para conservar el copiosísimo fruto que reportaban los pueblos de sus apostólicas predicaciones era recomendarles con mucha eficacia el rezo del Santo Rosario.*» Y en el destierro, poco antes de su muerte, proponía: «*Lo que más inculcaré, oportuno e importuno, será enseñar y exhortar a rezar bien el Santo Rosario... Conversaciones. En la calle y donde se me presente ocasión, la materia será de religión, de los sacramentos, del Santísimo Rosario, etc.*»

3. *Apostolado de la pluma.*—No fué menos eficaz y extenso. No hay reglamento de vida en el que no inserte como ejercicio cotidiano el rezo del Santo Rosario. Así en las Constituciones de Misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María, Avisos a un sacerdote que acaba de hacer los Ejercicios, Ejercicios de San Ignacio, Manojito de Flores, Reglamento de la Academia de San Miguel, Reglamento de los Capellanes de El Escorial, etc., etc.

4. *Apostolado de la propaganda.*—Mas sus escritos no quedaban en los rincones de los talleres de impresión: Juntamente con sus opúsculos repartía el Santo, gratis, innumerables objetos piadosos: Rosarios, medallas, estampas. Misionero por tierras catalanas, tenía sistematizada la propaganda de libros, hojas sueltas, etc. Ponia interés especial en propagar, junto con «*El Camino Recto*», llamado por Claret Breviario del pueblo, el opúsculo «*Misterios del Rosario*», y deseaba que llegara a todos los hogares de los pueblos por él misionados.

5. *Apostolado de la Asociación.*—Conocía el Apóstol del Rosario la volubilidad e inconstancia del corazón humano. Quiso por esto apuntalar los entusiasmos del momento en el firme sostén de las asociaciones y cofradías del Rosario, que más tarde identifica y refunde con la Cofradía del Inmaculado Corazón de María.

Y, finalmente, hora es ya de desgranar unas ideas sobre el apostolado cordimariano de Claret. No intentamos dar una síntesis de su Cordimariología. Sólo haremos resaltar sucintamente el aspecto que hace a nuestro caso: La conversión de los pecadores, función de la devoción al Corazón de María y al Santísimo Rosario, devociones que, íntimamente trabadas en la mente de Claret, constituyen el arma más eficaz de su apostolado.

III. — APÓSTOL DEL CORAZÓN DE MARÍA

Es proverbial el amor de Claret al Corazón de María. Una frase de su autobiografía resume las ternuras de Claret con la Madre de Dios. «*María Santísima —dice— es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús.*»

Estas convicciones no podían menos de cristalizar en obras de apostolado cordimariano. Efectivamente; en su Carta a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María da una síntesis de sus convicciones sobre el Corazón de la Madre de Dios y nuestra. «*Acabo de recibir vuestra estimadísima carta con que me pedís os diga alguna cosa para crecer cada día más y más en la devoción al Inmaculado Corazón de María. Querido amigo, no podáis pedir cosa más de mi gusto. Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María.*» Expone después los motivos impulsivos de nuestro amor por el Corazón de María: «a) Dios lo quiere; b) Ella lo merece; c) es un medio poderosísimo para alcanzar la salvación.» «*María —dice en el último apartado— es la que obtiene la gracia justificante a los pecadores... Por esto los Santos Padres la llaman... el canal de la gracia y la dispensadora de las misericordias. Por esto se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación, así como es una marca de reprobación el no ser devoto o adverso de María.*» Da la razón profundamente teológica de sus afirmaciones y concluye: «*Por tanto, amigo mío, después de Jesús hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra salvación en Ella. ¡Oh, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados, por muchos y por grandes que sean!*» Y cita las palabras de San Epifanio para corroborar su aserto: «*Unica peccatorum advocata; portus tutissimus, naufragantium omnium salus.*» Así sentía Claret del Corazón de María, y esta convicción es la clave para explicar su apostolado.

IV. — CONCLUSIÓN

Con profundidad teológica hermana Claret la devoción al Corazón de María y al Rosario; y estas devociones son el arma más eficaz de su apostolado en la obra de la conversión de las almas. La conclusión que de este desgrane esquemático de ideas aflora es evidente. Recordemos el Mensaje de Fátima: Penitencia, Rosario, Corazón de María.

Repasemos la obra apostólica de Claret: Penitencia, Rosario, Corazón de María.

Valentín Conejero, C. M. F.

«Gran precursor de la Acción Católica, casi como es hoy» (Pío XI)

Fechado en Roma y a 12 de enero de 1950 se publicó el Decreto de aprobación de los milagros presentados para la Canonización del Beato Antonio M.^a Claret.

La introducción que encabeza el Decreto podría presidir exactamente nuestro artículo, refiriendo a la Acción Católica cuanto en él se dice de la devoción al Inmaculado Corazón de María. Habla así:

«El sapientísimo Dios, antes de realizar algún designio en bien de las almas, acostumbra preparar el ánimo de los fieles suscitando algún varón eminente en santidad.

»Por lo que concierne a nuestro intento, vemos a cada paso en estos mismos días cuán grata es a Dios y a la Santísima Virgen la devoción al Inmaculado Corazón de la misma Señora, y con cuánto ardor la abraza el pueblo cristiano.

»Pues bien, como abanderado insigne y divulgador hábil y esforzado de esta devoción, manifestóse, a mediados del siglo pasado, el Beato Antonio María Claret...» (Decreto S. R. C.)

En efecto, la devoción que él tanto amó y propagó ha llegado a penetrar en el alma del pueblo con las mismas características de conversión que él intuía, y que Nuestra Señora de Fátima se ha dignado confirmar en nuestro siglo.

De semejante manera, los métodos de apostolado que él vivió, practicó y encauzó con casi un siglo de anticipación, han merecido en nuestros días la atención universal, bendecidos ampliamente y difundidos por las más altas Jerarquías de la Iglesia.

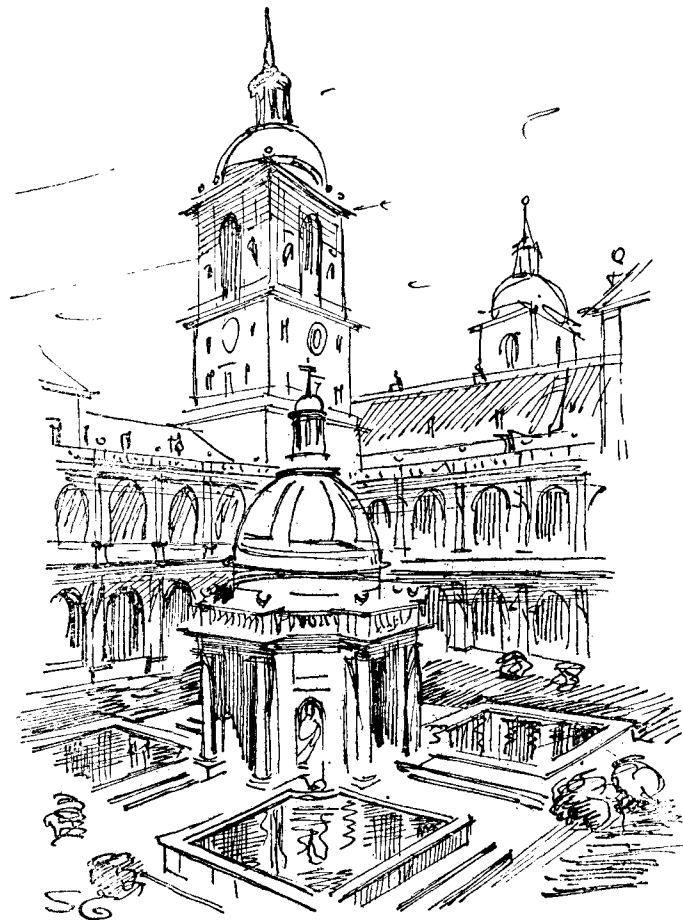
Llama poderosamente la atención de cualquiera que conozca algo las orientaciones actuales del apostolado moderno ver que, cien años atrás, las practicaba en todos sus aspectos el Beato, cuando tejedor y seminarista; y que las propulsaba, con visión certera de las necesidades de los tiempos modernos, a lo largo de su activísima vida ministerial. Con razón pudo llamarle S. S. el Papa Pío XI, el mismo día de su beatificación, «Organizador moderno» y «Gran Precursor de la Acción Católica casi como es hoy».

Siendo fácil distinguir en toda actuación católica la realizada individualmente y la organizada bajo la dependencia de la Jerarquía eclesiástica, agruparemos en dos apartados lo correspondiente a cada uno de estos aspectos, para ver primeramente cómo la vivió y practicó Claret por sí mismo, porque será declarar la concepción y adaptación del Beato a las necesidades del apostolado moderno, y, en segundo lugar, cómo la intuyó y organizó para darle cuerpo, amplitud y solidez.

En ambos aspectos, como en todas sus cosas, es diáfana su visión y la justeza de sus apreciaciones.

I

Dieciséis o diecisiete años contaba solamente cuando su padre, propietario de un taller de tejidos, le confió la revisión y última mano de las labores que los demás hacían, juntamente con otro compañero de carácter adusto y difícil para los obreros. El mismo cuenta, en la Autobiografía, su proceder:



Patio de El Escorial

«... Cuando teníamos que corregir a alguno, a mí me daba mucha pena y, sin embargo, lo hacía, pero antes observaba si en aquella labor había alguna cosa que estuviere bien y por allí empezaba haciendo el elogio de aquello, diciendo que aquello estaba muy bien, sólo que tenía este y este defecto, que corregidos aquellos defectos sería una labor perfecta... Así era cómo de mí los trabajadores recibían siempre la corrección con humildad y se enmendaban.»

Con esa exquisitez de trato no es de admirar que fuera tal su ascendiente sobre los obreros, que consiguiese ser rezaran en el taller, diariamente, las tres partes del santo Rosario, como él mismo atestigua:

«Rezábamos una parte antes de las ocho de la mañana y después se iban a almorzar; otra, antes de las doce, en que iban a comer, y otra, antes de las nueve de la noche, en que iban a cenar». «Yo dirigía y ellos respondían, continuando el trabajo.»

Era ya cosa sabida entre sus compañeros seminaristas y amistades de Vich el afán de lectura que el estudiante Claret experimentaba y fomentaba en derredor. De ahí ese intercambio de libros piadosos, científicos e instructivos.

PLURA UT UNUM

Buena oportunidad para el celo de Claret. Cuando un libro salía de sus manos llevaba infaliblemente, y como descuidados, uno o más registros, en cada uno de los cuales había escrito de su puño y letra alguna jaculatoria, máxima o sentencia que sirviera de despertador al próximo lector o lectores. Conocía la eficacia del escrito que, como decía él más tarde:

«Es un predicador constante, que nunca se cansa, que siempre está dispuesto a repetir lo mismo; que... siempre se acomoda a la voluntad del lector.»

De ahí nació su afán propagandista, que tanto llamaba la atención de Pío XI, y que él reconocía como necesidad del tiempo actual:

«Siempre la lectura de libros buenos —afirma— se ha considerado como una cosa de grande utilidad; pero en el día se considera de suma necesidad... porque hay un delirio para leer, y si la gente no tiene libros buenos, leerá malos.»

Por eso prodigó tanto las buenas lecturas, y las diseminó tan profusamente por el suelo patrio, que llegó a inundarlo de escritos ejemplares, acomodados a toda clase de personas, saliendo al paso a toda suerte de calamidades y miserias públicas y privadas, regalándolos con verdadero derroche, sin beneficiarse de ello lo más mínimo. Durante su campaña por Andalucía acompañando a su Majestad la Reina Isabel II, de quien era Confesor, llegó a distribuir 85 arrobas de propaganda escrita, que llevaba siempre por delante a los lugares donde debía predicar, y que regalaba o bien cambiaba por otras publicaciones malas, que luego hacía desaparecer (1).

Su producción de libros, opúsculos y hojas volantes es sencillamente maravillosa.

Pero hay en la actuación del Beato, a lo largo de toda su vida, un maliz de adaptación sorprendente, por ocurrido en tiempos en que no se conocían como hoy círculos de estudios, ni orientaciones prácticas para el apostolado entre las clases obreras ejercitado por los mismos obreros o seglares.

Era seminarista externo en Vich hacia el año 1830, entre los 21 y 25 de su edad. Con un sentido moderno que pasma en aquellos días, sabía introducirse entre los obreros de las distintas fábricas de tejidos de Vich y de Olost, sobre todo entre los de la Casa Trias, conversando amigablemente y alternando con ellos sobre las diferentes muestras, proponiendo nuevas combinaciones, y llegando él mismo a sentarse en el telar, que dirigía con singular destreza, ante el asombro de aquéllos, orgullosos ya de la naciente amistad del inteligente seminarista. Tal era el afecto que le tenían, que, por conservarlo, y movidos del ejemplo de su joven amigo, rezaban todos con él el Avemaría al dar las horas y el santo Rosario antes de partir.

Su espíritu de santo no podía menos de llevarle a la práctica de la caridad para con los desvalidos y enfermos de los hospitales. En las mismas limosnas, que tan abundante y generosamente distribuyó toda su vida, campea siempre como fin primordial su espíritu de apostolado, que con tal diafanidad se refleja en estas palabras del Beato referentes a su estancia en Cuba: *«Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres; todos los lunes del año, durante el tiempo de permanencia en aquella isla, reunía a todos los pobres de la población en que me hallaba, y como a veces son más pobres de alma que de cuerpo, les daba a cada uno una peseta, pero antes yo mismo les enseñaba la doctrina cristiana; siempre, y después de enseñado el Catecismo, les hacía una plática y les exhortaba a recibir*

(1) Él mismo fué el principal cliente de la Librería Religiosa por él fundada. Sólo en los años 1851 y 52, cuando comenzó su gobierno en la diócesis de Cuba, salieron de Barcelona para aquella isla, por encargo suyo, 79.217 libros.

los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, y muchísimos se confesaban conmigo porque conocían el amor que les tenía, y, a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres.»

En efecto, de sus cuantiosos ingresos como arzobispo de Cuba primero, y como confesor real después, sólo una parte mínima destinaba al sustento suyo y de los familiares; la mayor parte se distribuía en la propaganda de libros y en obras de beneficencia.

Para los estudiantes y moradores de colegios e internados compuso, ya siendo seminarista en Vich, los oficios de los nueve coros de los ángeles, que exigía a sus componentes, además del subido ascetismo de sus máximas, presentado como mensaje celestial acomodado a los distintos coros, un creciente matiz de apostolado, a semejanza de la misión confiada en el mundo a los espíritus angélicos.

Era, diríamos, la novedad de su espíritu emprendedor. Al tocar como con las manos el medio reducido en que debían moverse los sacerdotes, forzados por las circunstancias, la indiferencia reinante en muchos espíritus y el alejamiento sistemático de no pocos, tanteó y realizó una porción de obras encaminadas a agrupar a los mismos seglares y en las que ellos deberían tener parte activísima y principal.

Comenzó por asociarlos en la famosa *liga contra la blasfemia* que tantos triunfos cosechó en aquellos días en que en los pueblos, efecto de la guerra fratricida, y en ambos ejércitos en plena campaña, tanto se injuriaba el nombre de Dios.

«De ella puede ser socio —dice en la hoja volandera que como estatutos publicó y propagó— cualquiera persona de todo estado, sexo, edad y condición», mientras se obligaran y firmaran los tres compromisos o condiciones de la misma, en la tercera de las cuales leemos:

«... A más, corregir con caridad y dulzura al blasfemo, si no hay temor de que se obstine, diciéndole, por ejemplo: "Buen hombre, ¿por qué así ofendéis a Dios, que en este mismo instante os puede echar al infierno?, ¿qué sacáis de hablar así? Tan presto hubierais dicho una palabra buena como otra mala.»

Intervino personalmente en las *Congregaciones marianas*, propagándolas por varias poblaciones durante su predicación, entusiasmándolas con sus normas y orientaciones en la ciudad condal. Quería la restauración de su carácter eminentemente mariano y preservativo de la juventud, pero impulsando su acción exterior para con los menesterosos e ignorantes, a favor de los cuales exigía el ejercicio de la caridad y la educación y enseñanza catequística.

Sintióse particularmente atraído por las *Conferencias de San Vicente de Paúl*, a los comienzos casi de su existencia en la Corte, porque veía encarnada en ellas una parte de sus ideales de cooperación seglar en el apostolado sacerdotal. Que así lo consideraba lo prueban suficientísimamente sus palabras, al lanzar al mundo otra obra suya, la de las *bibliotecas populares y parroquiales*, que quería ver ejercida, como aquéllas, por seglares:

«... El cura párroco y demás sacerdotes —escribe— se hallan ocupados en las cosas de su ministerio, ... tampoco tienen oportunidad de meterse entre las gentes del pueblo, como tiene el seglar. Y además, en estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas, como lo vemos en los felices resultados que dan las Conferencias de San Vicente de Paúl.»

No era fruto solamente de su madurez pontifical este su criterio amplio, vastísimo. En 1847, en plena campaña misionera por Cataluña, aun antes de misionar las islas Canarias, implantaba en Vich una HERMANDAD, la *del Santísimo e Inmaculado Corazón de María*, *«para procurar mejor y conseguir más fácilmente la mayor gloria de Dios*

y el bien espiritual y corporal de nuestros prójimos». Con estas palabras encabeza el Beato las Constituciones de la Hermandad, que el M. I. señor Doctoral de Córdoba, doctor Narciso Tibau, no vacila en ofrecer como «primer reglamento de una obra de apostolado seglar». Según ellas, la Hermandad «se compondrá de sujetos deseosos del bien espiritual y corporal de los prójimos. Estos sujetos serán sacerdotes, seglares y diaconisas».

Arriesgada innovación debió parecer entonces al Excelentísimo doctor Echanove, Arzobispo de Tarragona, cuyo criterio interesaba el autor por medio de su entrañable amigo el doctor Caixal. Posiblemente, la intervención que se daba a la mujer y el nombre mismo de diaconisas no fueron del agrado del Prelado. Consecuente Claret con su principio de dependencia total de la Jerarquía en todo apostolado, destruyó tan enteramente toda la edición de la obrita, que no ha podido hallarse ni un solo ejemplar.

Pero si no le fué dado realizar su pensamiento en toda su plenitud, sí que procuró atender parcialmente a todas las necesidades, sumando a la obra de la propaganda, de las asociaciones, de las conferencias, de las bibliotecas populares, etc., la misma especialización, uno de los hitos más trascendentes de la Acción Católica moderna.

Eso fué la *Academia de San Miguel*, aun dejando de lado sin comentario la gigantesca *granja-escuela* que por su traslado a la península no pudo terminar en Puerto Príncipe, y la fundación de las Cajas de Previsión y Ahorro que por primera vez implantó en tierras americanas, y las religiosas en sus Casas.

Fué, repetimos, verdadera selección entre los prohombres de su siglo para encauzar y cristianizar la producción de literatos y artistas, haciéndoles contribuir con la máxima eficacia a la difusión del bien, en sus dos primeras categorías, y lanzándolos, en la tercera, a invadir el mundo con su apostolado, sobre todo de la prensa, con miras a establecer una imprenta con numerosas librerías en cada uno de los países en que poco a poco fuera implantándose la Academia. Funcionó regularmente en Madrid, se extendió esperanzadamente a provincias, hasta que la revolución del 68 desterró a su Fundador, y con él la mayor parte de sus obras.

Pío XI, enamorado del Beato, en la audiencia especial concedida a la peregrinación Claret en la tarde del 26 de febrero de 1934, al día siguiente de la beatificación, decía:

«La vida del Beato fué toda ella un perenne desarrollo de apostolado, y propiamente, revistiendo aquella forma que se puede llamar más moderna, más indicada para el momento actual: Apostolado de la palabra hablada, verdaderamente maravilloso, en los miles y miles de discursos misioneros; apostolado de la palabra escrita, en su infatigable trabajo de escritor, de tal manera, que no acierta uno a comprender dónde hallaba tiempo para tamaña actividad literaria; apostolado de la palabra impresa, en tantos volúmenes, ya grandes, ya pequeños y aun pequeñísimos, desparramados y difundidos por todas partes y puntualmente, como ahora convendría hacerlo, como entienden muchos que se debe hacer, como felizmente comienzan muchos a realizarlo.»

Y así podrían multiplicarse los textos pontificios que explican sobradamente las palabras de las lecciones del rezo de nuestro breviario: «Propulsor del apostolado de los

seglares, promotor de la Acción Católica», como las que trae el doctor Narciso Tibau en el artículo publicado en «Ecclesia» sobre este mismo tema.

II

La visión apostólica del P. Claret era demasiado amplia para que se limitara a realizarla por sí mismo. Era un vidente. Pocos como él abarcaban los estragos del mal y la necesidad imperiosa que sufrían las almas. Su persona tan prodigada, sus escritos tan multiplicados, eran siempre pocos para contrarrestar la abundancia del mal. Precisaba organizar la defensa en todos los campos del vivir cristiano, buscar cooperadores en la recristianización del mundo, escogerlos de toda condición para que pudiesen actuar sobre todas las clases de la sociedad. Había que llevar a todas las conciencias la inquietud del celo. Urgir a los ministros sagrados, coordinar sus fuerzas y engrosarlas con la participación de los seglares. En consecuencia, llamó a todas las puertas.

Su ministerio entre los sacerdotes, campo el máspreciado de su celo pastoral, tendía a conquistarlos para el apostolado más intenso y eficaz. Idea y obra suya fué la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que él concibió como la expansión y perpetuación de su propio apostolado, y la de las religiosas de María Inmaculada y de la Enseñanza, ante las apremiantes necesidades palpadas en su diócesis cubana. La obra católica que tantos y tan beneméritos Institutos, nacidos el pasado siglo en España, están llevando a cabo en el mundo, en escuelas, internados, hospitales, etc., recibió de él brioso impulso en la misma fuente, porque a él acudieron sus fundadores como al hombre de Dios que garantizase el origen divino de sus planes o alentase sus empresas en los aciagos días que vivía nuestra patria.

* * *

No queremos alargarnos más. Sólo llegar al colofón por el que tantos suspiran y que nos place expresar trasladando aquí las palabras con que termina su ponderado artículo el citado M. I. Doctoral de Córdoba:

Con motivo de la Canonización del Beato Antonio María Claret, el 7 de mayo de 1950 «España volverá a sentir en sus entrañas el glorioso alumbramiento de un nuevo Santo. Su estatua será colocada en la basílica vaticana entre las de los fundadores. Siendo nota peculiar suya la del apostolado seglar, y siendo éste, hoy día, el objeto de amor y de cuidado de los Papas y de los Obispos, confiándose a la Acción Católica tantos y tan elevados intereses, ¿no sería llegada la hora de procurarle un santo protector en el cielo? ¿Y quién mejor y con más títulos que nuestro Beato? Para que así lo decrete la Santa Sede deberíamos dirigirnos, Acción Católica, seglares, sacerdotes y Obispos, al Padre Santo en un concierto armonioso de voces españolas y americanas, las de todos los campos por donde transitó el santo misionero, elevando la condición de los seglares a valiosos cooperadores suyos en el apostolado».

Lérida, abril de 1950.

Miguel Cisteró, C. M. F.



LA CONJURACION MASONICA

II (*)

LA LIBERTAD «CONTRA EL MIEDO», DE LA CARTA DEL ATLANTICO

CÓMO actúa la masonería? ¿Cómo lleva a cabo su funesísima labor para imponer sus doctrinas y sus consignas en el mundo?

Un medio importantísimo lo constituye sin duda su actividad solapada en la dirección política de los Estados y en los organismos de tipo internacional. Portaestandarte manifiesto de los principios revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad; según la interpretación naturalista, de cuya doctrina es la secta propagadora entusiasta e incansable, trata por los más tortuosos caminos de introducirlos en el mismo ser del cuerpo social, elevándolos a la categoría de dogmas incontrovertibles. Para ello, ningún instrumento mejor que el que le brinda el sistema democrático liberal, escudo efficacísimo para desarrollar su influencia en todos los órdenes de la vida de las naciones; imponiendo su tiránico poder, en nombre de una falsísima representación popular, contra la voluntad íntima de los pueblos y de la sociedad universal de los mismos.

Quizás en ningún otro momento de la historia del mundo —recordemos la extraordinaria gravedad de los tiempos que vivimos—, haya ejercido la secta tanta influencia como en nuestros días. Quizás nunca haya alcanzado la preponderancia y la resolución decisiva de que hace gala entre sus iniciados y adeptos.

Si algún día pudiera conocerse la historia interna, la verdadera historia de las Naciones Unidas, tal vez quedaríamos asombrados al comprobar la verdadera fuente en donde han bebido los personajes y personajes —no nos referimos a excepciones honrosísimas— que se disputan la organización del mundo y trazan planes quiméricos para conseguir una paz contraria a los postulados de la justicia y de la caridad verdaderas. Lo mismo cabría decir de otros hechos y realizaciones en la vida nacional de muchos pueblos y en la esfera mundial.

Veamos, por vía de ejemplo, una clara muestra de la intromisión del espíritu masónico, en uno de los acuerdos que imprimieron carácter a los fines ideológicos de la segunda guerra mundial en el campo anglosajón, y que puede dar la tónica del sentido de la victoria obtenida en los campos de batalla y de su ulterior actuación política en la actual postguerra.

* * *

Todos recordamos que en la llamada «Carta del Atlántico», en la que los señores Roosevelt y Churchill expusieron «ciertos principios comunes a la política de sus respectivos países», aparecen, en su apartado sexto, las siguientes palabras: «Después de la destrucción final de la tiranía nazi, confían en ver establecida una paz que permita a todas las naciones los medios de vivir seguras, dentro de sus propias fronteras, y que ofrezca la certeza de que todos los hombres de todos los países puedan desarrollar su vida *libres del miedo* y de la miseria.»

Ahora bien, el Presidente Roosevelt manifestó que esta cláusula significaba implícitamente «la reafirmación del principio de las cuatro libertades que formuló en el Mensaje dirigido al Congreso norteamericano en 1941» (4); en dicho Mensaje, el señor Roosevelt dijo que «América aspiraba a un mundo fundado en cuatro libertades humanas esenciales: libertad de palabra y de expresión; libertad a todo hombre para *adorar a Dios a su manera*; liber-

tad para vivir exento de miseria, bajo el influjo de acuerdos económicos internacionales..., y *libertad para vivir exento de miedo...*» (5).

¿Qué relación existía entre la libertad contra el miedo y la libertad de cultos? Parece algo extraño que en opinión del señor Roosevelt, como se deduce de su anterior explicación, la primera libertad llevase involucrada la segunda. ¿Miedo de qué y de quién?

Se dijo entonces, seguramente por inspiración oficiosa, que esa libertad contra el miedo apuntaba al fascismo y al nacionalsocialismo. Prescindiendo del hecho de que la tal libertad habrá de hacerse efectiva, según la cláusula sexta de la Carta, reproducida anteriormente, **DESPUÉS DE LA DESTRUCCIÓN DE LA TIRANÍA NAZI**, ¿a qué venía su conexión con la libertad de «adorar a Dios a su manera»?

Una interpretación masónica, que estimamos calificada, viene en nuestra ayuda para aclarar este aparente embrollo.

El «hermano» Augusto Lista, Soberano Príncipe del Real Secreto, de la Masonería italiana, afirmaba, en 1946, lo siguiente:

«Sabéis que por la libertad, la Masonería Universal preparó e hizo surgir, en 1789, la famosa Revolución Francesa que proclamó los «Derechos del Hombre».

»Y sabéis todavía que por esta libertad muchos mártires han sacrificado la vida, por razón de Patria, de política y de religión.

»No ignoráis que para *liberarse* de la esclavitud y de la tiranía —que nos destruyó las Logias, nos arrebató la libertad de pensamiento y de palabra, y con el infausto «Concordato» nos remachó al pie la cadena de una Iglesia ignorante y prostituida— vino esta guerra desgraciada y las cuatro promesas de la «Carta Atlántica»: libertad de la miseria, libertad de palabra, libertad de religión y *libertad del miedo...*

»SÍ, TAMBIÉN LA LIBERTAD DEL MIEDO... AQUEL MIEDO QUE ES UN ARMA POTENTÍSIMA EN LAS MANOS DEL DOMINADOR E INTOLERANTE SACERDOCIO QUE SE HA TOMADO LA TUTELA DE NUESTRAS ALMAS, SIRVIÉNDOSE DEL ESPANTAJO DEL DESCONOCIDO *post mortem...*»

Confesión explícita de la influencia de la masonería en la política mundial. Interpretación exacta del auténtico contenido de una libertad que no aspira más que a apartar al hombre de su Salvador y de su Rey; de Quien, muriendo por nuestros pecados en el árbol frondoso de la Cruz, nos redimió de la esclavitud y nos hizo libres con la libertad dignificadora de los hijos de Dios.

* * *

La amenaza que la existencia de la masonería representa para los pueblos es una gravísima realidad.

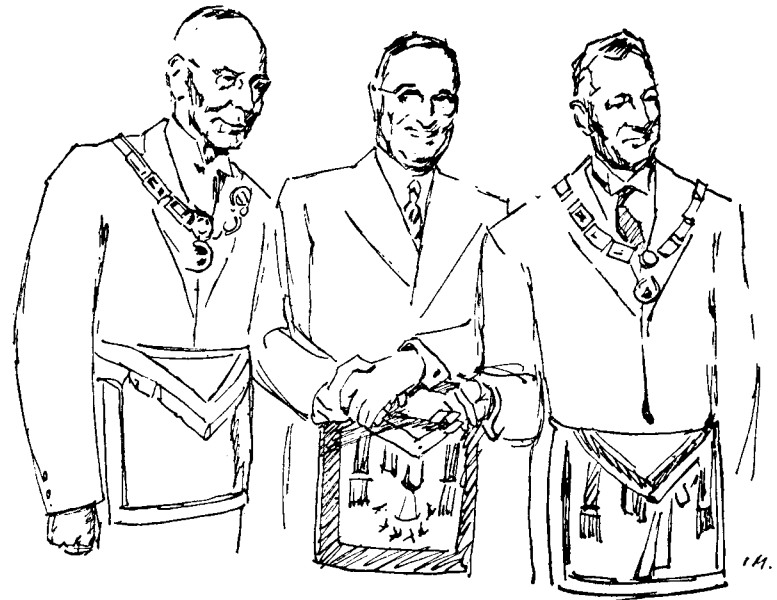
Ya sabemos que existe un interés preponderante en disimular tal peligro en distintos sectores. Desde la inocuidad hasta la pantomima, todos los pretextos son sacados a relucir —incluso por autores que pudieran parecer calificados— para formar un ambiente despreocupado y alegre. Los partidarios acérrimos del término medio; aquellos que en palabras de la Sagrada Escritura pudiéramos decir que no son fríos ni calientes (6); que gustan de posiciones eclécticas desde las que son posibles todos los compromisos, aceptables todas las mediocridades y disculpables to-

(*) Véase el núm. anterior de CRISTIANIDAD.

(4) Tomás Elorrieta, «La Carta del Atlántico...» Madrid, 1946, pág. 56.

(5) Obra citada, pág. 18.

(6) «... ni eres frío ni caliente». Apocalipsis, 3, 15.



El Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, acompañado de James Bradford (izquierda) y Harry F. Sunderland, de Kansas City, durante la ceremonia de iniciación de Bradford como Gran Maestre de la Gran Logia de San Luis (Missouri).

(De una fotografía publicada en el diario de Barcelona *La Prensa*, 11 de octubre 1949).

dos los extravíos, menos la profesión y defensa de la doctrina de la Iglesia sin claudicaciones peligrosas; los que gustan de practicar lo que cabría llamar un «colaboracionismo» que puede alcanzar límites insospechados; todos ellos, decimos, parecen haberse conjurado tácitamente en negar eficacia y trascendencia a las artimañas de la secta.

«*Cabía honestamente pensar* —así comienza el P. Cordovani su artículo sobre la masonería que reproducimos en el número anterior— *que, después de una lección trágica como la última, nos habríamos vuelto todos más prudentes y que una nueva orientación había sido emprendida en el modo de vivir.* EN LUGAR DE ELLO, CON SORPRESA NUESTRA, TENEMOS QUE COMPROBAR QUE NO SE HA APRENDIDO CASI NADA, SE REPITEN LOS ERRORES Y MÉTODOS DE ANTES, CON ACRECENTAMIENTO DE PELIGRO FÁCIL DE PREVER.»

Y, sin embargo, la doctrina masónica permanece íntegra en todos sus postulados y aplicaciones. Las palabras de León XIII, desenmascarando los fines de la secta, conservan toda su fuerza y toda su actualidad: «Véase ahora —dice el Papa— el proceder de la secta masónica en lo tocante a la religión, singularmente donde tiene mayor libertad para obrar, y júzguese si es o no verdad que todo su empeño está en llevar a cabo las teorías de los naturalistas. Mucho tiempo ha que se trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingerencia del magisterio y

autoridad de la Iglesia, y a este fin se pregona y contiene deberse separar la Iglesia y el Estado, excluyendo así de las leyes y administración de la cosa pública el muy saludable influjo de la Religión; de lo que se sigue la pretensión de que los Estados se constituyan hecho caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia. Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas. Se llega, en efecto, a combatir impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza, los mismos fundamentos de la Religión Católica; se pisotean los derechos de la Iglesia, no se respetan las prerrogativas con que Dios la dotó, se reduce casi a nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad hechas expresamente y acomodadas para atarle las manos» (7).

He ahí los postulados fundamentales que preconizan —amén de otros íntimamente ligados con aquéllos— los dirigentes ocultos de la secta.

¿Y acaso no son tales postulados un medio poderosísimo para erigirse sus propugnadores en tiranos de los pueblos y reducir así «a esclavitud al mundo entero»?

José-Oriol Cuffi Canadell

(7) León XIII. Enc. «*Hummanum genus*».

No separemos pues, lo que Dios unió. Vayamos al Corazón de Jesús por el Corazón de María. Todo lo obtendremos de Jesús si media el Corazón de María. Mientras dirigimos la oración penitente al divino Corazón, que cosa más natural que espontáneamente, se nos venga al pensamiento el Corazón de la Madre de Jesús, que “olvidado de sí, suspira por el Corazón del Hijo, con el ímpetu ardiente del amor”. (Oficio Parvo del Sagrado Corazón de Jesús. Himno de Compl.). “Más aún, como dice San Anselmo, más presto llega siempre nuestra salud, invocando el nombre de María que el de Jesús, su único Hijo: no porque María sea más poderosa que Cristo, sino porque el nombre de la Madre tiernísimamente invocado, fuerza el amante Hijo como por suave necesidad a la misericordia”.

De las orientaciones señaladas por la Dirección General del Apostolado de la Oración, para el desarrollo de la Cruzada

LA PAZ NO PODRA GOBERNAR LA SOCIEDAD SI PRIMERO NO INSPIRA Y GUIA EL ALMA DE CADA UNO

Homilia de S. S. Pío XII en el día de Pascua de 1950

Al prepararnos para conmemorar hoy con veneración al Divino Redentor, que resucita victorioso de la muerte, Nos vienen a las mentes las palabras de San Pablo, llenas de suma sabiduría, cuando escribe de Jesucristo: «Fué entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Rom., IV, 25). El, efectivamente, con sus sufrimientos, libremente aceptados, y con su Sangre preciosa, derramada hasta morir, ha expiado nuestros pecados y nos ha redimido de la esclavitud del demonio, para restituirnos a la libertad de los hijos de Dios.

El ha resucitado triunfante del sepulcro. Haciéndolo así no sólo ha alimentado y confirmado la fe de los Apóstoles; no sólo nos ha invitado, con su ejemplo, a subir al cielo con El y, con el fulgor de su cuerpo glorioso, nos ha manifestado algo de la felicidad eterna que nos espera, sino que ha derramado también la plenitud de los divinos carismas y ha confiado a la Iglesia, por El fundada, la función de nutrir con la gracia celestial y conducir a nueva vida a todos los hombres que de buen grado aceptan sus mandamientos. Al mismo propósito observa con aguda claridad el Doctor Angélico: «Por lo que toca a la eficacia que corresponde a la virtud divina, tanto la pasión como la resurrección de Cristo son causa de justificación...; pero por lo que toca a la ejemplaridad, la pasión y la muerte de Cristo son causa del perdón de la culpa, por la que estamos muertos en el pecado, mientras que la resurrección de Cristo es causa de vida nueva, que nos viene por medio de la gracia, o sea por medio de la Justicia» (Sum. Theol. III, q. 56, a 2 *ad quartum*).

Estos días pasados, y especialmente durante la Semana Santa, hemos recordado de modo particular los dolores y los sufrimientos, padecidos por Jesucristo, para lavarnos de nuestras culpas y borrar nuestros pecados, que fueron causa de la divina Redención. Hoy, en la luz y en la gloria pascual, la misma celebración de los divinos misterios nos impulsa a una profunda renovación de vida.

Somos el Cuerpo Místico de Jesús; adonde ha llegado la gloria de la Cabeza, allí también aspira la esperanza del cuerpo. «Así como Cristo resucitó de la muerte... así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida» (Rom., VI, 4). Y así como Cristo «resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez» (Rom., VI, 9), así nosotros, siguiendo su ejemplo y nutridos con su gracia, no sólo debemos despojarnos «del hombre viejo... el cual se vicia siguiendo la ilusión de las pasiones» (Ephes., IV, 22), sino que debemos también «renovarnos en el espíritu de nuestra mente para revestirnos del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la verdadera santidad» (cfr. *ibid.*, XXIII, 24).

Estas magníficas exhortaciones del Apóstol de las Gentes parecen más oportunas que nunca en la solemnidad pascual del Año Santo, cuando los fieles del mundo —tomando de los tesoros espirituales de la Iglesia— son llamados no sólo a expiar los pecados propios y a una forma más perfecta de vida, sino a trabajar cada uno según las propias fuerzas, a fin de que todos los demás, después de estar limpios de culpas y despojados de los errores y de los prejuicios, se acerquen con corazón bien dispuesto a Aquel que es camino, verdad y vida (cfr. Ion., XIV, 6). No puede haber tranquilidad ni para los individuos, ni para los pueblos, ni para las naciones, sino a condición que

todo se acomode al orden que nace de los preceptos del Evangelio y que está fortalecido y enfervorizado por la gracia divina.

Reflexionemos todos sobre lo que Cristo dijo a los Apóstoles: «Os dejo la paz, os doy mi paz; yo no os la doy a la manera como la da el mundo» (cfr. Ioan., XIV, 27). Sabemos bien, por triste experiencia, cuántos delitos, calamidades y guerras fueron cometidos porque los hombres abandonaron el camino real que el Divino Redentor marcó con el esplendor de su luz y consagró con su Sangre. A aquel camino hay que volver, todos y cada uno, y tener presente que la paz no podrá gobernar la sociedad si primero no inspira y guía el alma de cada uno. Por ello es necesario frenar fuertemente los apetitos desordenados y malos; es necesario sujetarlos a la razón, y la razón a Dios y a la ley divina. Desde este punto de vista es magnífica la enseñanza del sumo orador romano, aunque pagano: «A semejantes perturbaciones que la necesidad introduce en la vida humana y azuza como furias, debemos resistir con todas las fuerzas y con todos los medios, si queremos que transcurra con plácida tranquilidad aquel breve tiempo que se concede a nuestra vida» (Cic. Tusc., III, c. III).

Pero «la curación de (estos) males está solamente en la virtud» (*ibid.*, IV, c. 15).

Brille, pues, en los ánimos, florezca en la vida familiar, triunfe en medio de la sociedad civil aquella cristiana virtud, de la que tan sólo es lícito esperar aquella renovación de costumbres y aquella restauración justa y ordenada del bienestar de las naciones, que está en los deseos de todos.

Cristo, como sabéis muy bien, no se limita, como los sabios de este mundo, a enseñarnos la virtud, sino que, para que nosotros lleguemos a alcanzarla con esfuerzo, nos amonesta con su ejemplo, estimula nuestra voluntad y la fortifica con su gracia celestial. Además nos atrae y nos incita, proponiéndonos nuestra meta en el premio de la felicidad eterna.

Si todos se decidieran a seguirlo, serían hechos participantes de aquella íntima serenidad que es la perfección de la alegría (cfr. S. Thom., Summ. Theol., I-II, q. 70, a. 3), aunque se deban padecer angustias, persecuciones y la injusticia humana; de hecho les acaecerá a ellos lo que ya en otros tiempos sucedió a los Apóstoles, los cuales «se retiraron de la presencia del Concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús» (cfr. Act., ap. V, 41).

Además, si todos en realidad llegaran a esta íntima verdadera paz, que se basa sobre la ley divina y encuentra su perenne alimento en la gracia divina, entonces, extinguidos los odios, calmadas las pasiones, distribuidas las riquezas con más justo criterio de justicia y de caridad, podrá finalmente, con absoluta certeza y con segura esperanza, surgir para el mundo entero aquella que fué definida «la concordia ordenada» (S. Aug., De Civ. Dei, I, XIX, c. 13).

Esta es la ferviente plegaria que Nos dirigimos al Divino Redentor que hoy celebramos triunfador de la muerte, mientras no cesamos de repetiros a vosotros, Venerables Hermanos y amados hijos, las inolvidables palabras del Apóstol, más que nunca apropiadas a esta solemnidad: «Estad alegres, sed perfectos, consolaos, estad concordes, estad en paz, y el Dios de la paz y de la caridad estará con vosotros» (II Cor., XIII, 11). Amén.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

LA PRIMERA GUERRA CIVIL DE ESPAÑA, por RAFAEL GAMBRA, prólogo de José María Pemán. Editorial Esce-
licer (Madrid, 1950).

Con el sugestivo título de «*La primera guerra civil de España*» nos brinda el doctor Rafael Gamba la historia y filosofía de un episodio español, si no ya olvidado, al menos desdibujado hasta el presente. La cronología (1821-1823) sale al paso de una posible identificación con el pleito dinástico, ventilado por dos veces en el campo del honor. Y en puridad sólo se trata aquí de situar, histórica y filosóficamente, la guerra llamada de los realistas o de la Constitución, que se mueve, al decir de nuestro autor, en la misma línea —y entre los jalones— de la Independencia y del Carlismo.

El tema es interesante, oportuno y hasta obligado, desde el punto de vista contributivo a un esclarecimiento de la historia nacional. Hay que reconocer a Gamba el mérito de haber roto, en este sentido, la primera lanza, con todas las apariencias de acertar en el blanco. Porque, efectivamente, su posición, tomada por arraigadas convicciones y defendida con rara habilidad, representa un concepto nuevo de esta lucha civil —contra los tópicos liberales y constitucionalistas de los historiadores más leídos—, y en consecuencia se nos ofrece el secreto de la centuria más rebelde a ser bien historiada.

A través de este libro denso, como asegura José María Pemán en su bello prólogo, «se ve que los realistas de Navarra y Cataluña, continuando a los tercios, a los conquistadores y a los guerrilleros de la Independencia, y antecediendo a los partidos del Carlismo y de la Gran Cruzada, peleaban por mantener intacta, limpia y prevenida una idea...» La idea que resume las esencias de nuestra mejor Hispanidad. He ahí el gesto más dádivo del profesor Gamba: presentarnos, a flor de tierra, esa limpia historia —oculta, como otro Guadiana, hasta nosotros—, para que fecunde con su riego la geografía nacional.

Armoniosa síntesis de historia y filosofía, discurre la primera parte del libro por los cauces realistas de una *Historia* del cura roncalés don Andrés Martín —sin desatender otras fuentes informativas—, para desembocar, la segunda parte, en una historiosofía española del más rancio abolengo metafísico. Tal vez sea esta última la que apenas rocen de pasada muchos lectores, después de haber seguido con creciente interés el desarrollo de los acontecimientos bélicos. Y, sin embargo, me atrevo a sostener que lo filosófico es, por descontento, la palestra donde el tenaz dialéctico y consecuente político aguarda al contrincante apolítico, para convencerle de hispanidad tradicionalista.

Tomando el agua desde el hontanar del Iluminismo, va explicando el doctor Gamba las conquistas y quiebras de la diosa Razón, cortejada por el Liberalismo, padres ambos de la Enciclopedia, la Revolución Francesa y el Constitucionalismo Español. Pero, al propio tiempo, entiende nuestro filósofo que la ruptura con la tradición histórica de los pueblos agrava el peligro de unos moldes racionales comunes, no hechos, en el mejor de los casos, a la medida de cada sociedad concreta. Aparte de que racionalización parece —y normalmente lo es— antípoda de historificación.

La realidad histórica, con todo, que a la manera de la conciencia individual, acumula y retiene al durar lo querido o simplemente vivido, implica una dirección, una teleología a la que se dispara la voluntad libre de cada pueblo o nacionalidad. Y como el hombre, recibiendo en sí un pasado, se proyecta hacia un futuro, cabe preguntar por el sentido último de su futurición. Habrá que ajustarse en la respuesta a un terreno concreto y singular. Y así lo entiende cabalmente Gamba, al hacer su filosofía de la historia española.

«España había mantenido en Europa durante un siglo —escribe— la causa católica, y, ante el hecho de la Revolución francesa, supo apreciar sus conexiones necesarias con la herejía y aprestarse a la defensa contra la nueva derivación del mal que ahora se introducía en su seno.»

Toda esta etiología religioso-política de nuestra historia admite, al decir del autor, el nombre, no por manido inoperante, de tradicionalismo, auténticamente diferenciado de la arqueología yerta y de la utopía ideal. Un marchamo semejante puede, en efecto, distinguir y unir los gritos de guerra de los realistas, de los carlistas, y aun de los nacionales de 1936. Contienda civil, todas ellas, y a vida o muerte, postulan una explicación más firme que la de un episodio político o la de un factor biológico. En España se ha peleado siempre por una concepción del universo cristiana, hispostasiada por lo común en la persona del Rey. El doctor Gamba opina que este justificante autoriza a perpetuar conmemorativamente, en la postguerra civil, las gestas y héroes que llevaron a la victoria un ejército e ideología nacionales. Aunque así no ocurriera —creo yo—, la caridad cristiana no habría de lamentarlo, y el triunfo se alzaría no sólo sobre las bayonetas de los vencedores y los yugos de los *vencidos*, sino sobre los corazones todos de los *convencidos*.

Culmina la aguda especulación historiosófica en una pintura impresionista de nuestro tiempo, cargado de ruinas y transido de escepticismo.

Sin detenernos a señalar contraindicaciones accesorias, imperativos diplomáticos o sutiles distinguos entre *cristianismo* y *cristiandad* a lo Unamuno, miramos ya «la senda del porvenir» —por el autor concretada a nuestro pueblo— con ojos esperanzados. Los sacrificios bélicos de tantas generaciones, hasta el linde de la nuestra, no habrán de quedar baldíos. Por el contrario, constituyen una garantía de continuidad histórica y aun de ulteriores y más perfectas formas de hispanidad.

Refiriéndose particularmente a las últimas guerras, florecientes como amapolas en el surco más hondo del suelo español, ha sabido concluir así el original estudio del profesor Gamba: «Y nuestra misión como españoles, tras siglo y medio de contiendas político-religiosas, sólo puede ser la recuperación de una estabilidad política que, por encima de las disidencias, asentada en la historia común y en valores de todos reconocibles, pueda sostenerse a través de las futuras vicisitudes» (p. 190).

Por el acierto en la elección del tema, unido a la espléndida realización —aquí apenas sugerida—, que se nos sirve con una fina etiqueta editorial, cabe augurar al nuevo libro del doctor Rafael Gamba un éxito sin precedentes en la historiosofía española.

Luis Rey Alluna

DE ACTUALIDAD

Que la juventud se enamore de la persona de Cristo, escribe el Primado de Polonia. — ¿A quién creéis, a la Iglesia o a la masonería?

Que la juventud se enamore de la persona de Cristo, exhorta el Primado de Polonia

«La juventud no puede recibir su educación religiosa en los centros públicos.» Tal es uno de los más trágicos y reveladores lamentos del Primado de Polonia, Excelentísimo doctor Esteban Wyszynski, Arzobispo de Guieznó y de Varsovia, en una de sus últimas pastorales.

Sin embargo, como hace constar el Prelado, hay que seguir organizando actos religiosos de carácter juvenil, aunque la juventud no concurra tan numerosa como antes en los templos, pues es necesario a toda costa conservar y aumentar en lo posible ese contacto mutuo entre los jóvenes.

Y añade Monseñor Wyszynski: «¡Cuántas veces es violentado el derecho de la juventud al descanso dominical y a la oración! Los actos organizados durante las horas de las funciones religiosas, a los cuales es preciso asistir bajo pena de graves represalias, todo esto requiere un valor heroico para cumplir con los deberes hacia Dios. Aun las fiestas más solemnes, como el Corpus, no han sido respetadas, violentándose así los sentimientos religiosos de la juventud.

»Cuando, pues, la juventud, en sus raros domingos libres, se reúne en el templo, hemos de procurar levantar su espíritu, calmarla y despertar en ella sentimientos de perdón hacia la gente maliciosa. Hay que reunir a la juventud alrededor del altar, hacer comprensible para ella la santa misa, darle en la mano el misal, explicarle el texto litúrgico, avivar la comunión con Cristo en la eucaristía, hacerle tomar una parte activa junto con el sacerdote en la oración. Que nuestra juventud se sienta necesaria en el templo, que sepa que tiene ahí su sitio, sus derechos y su misión.

»La juventud masculina ha de acostumbrarse a un servicio del altar activo, correcto y estético. Se ha de dedicar todo el tiempo que sea necesario para la formación de los monacillos, su educación en el espíritu de la liturgia, su iniciación en el misterio de la misa, hacerles apreciar el arte, la música y el canto religioso. Que la juventud llegue a comprender bien la vida de la Iglesia.

»Hay que procurar vencer esta sensación de alejamiento, muy propia de nuestra juventud, en el templo. Que la juventud ore junto con el sacerdote, que toda ella conteste en la misa. Que aprenda a expresarse claramente y con valor en sus llamadas a Dios. Hemos de animar a la juventud al canto; hasta hoy la hemos visto entonar con gusto, durante la misa, los cánticos a María; que aprenda también los cánticos eucarísticos, del Sagrado Corazón, de Cristo Rey «Christus vincit». La juventud ha de estar enseñada a expresar sus sentimientos cariñosos hacia Dios y hacia los hombres por medio del canto. En algunas ocasiones se puede probar enseñarles la música gregoriana: «Missa de angelis», «Te Deum», «O salutaris», «Tantum ergo», «Veni creator».

Traza a continuación el ilustre Prelado el estado actual de la juventud polaca, dentro de un ambiente corrompido y corruptor de las inteligencias y de los corazones: «Cansada por el vacío ideológico y la pobreza de pensamiento del materialismo, privada de un modelo vivo y conmovedor para una nueva vida, nuestra juventud envejece antes de tiempo, sumiéndose en el abismo de la impotencia y de la falta de voluntad. Hemos de salvarla para que conserve sus sanos arranques, llegando así a la edad madura con el espíritu no corrompido.

»Observad bien, carísimos, esta invasión de la falta de idea, del relativismo moral, la desaparición de todo entusiasmo, que agobia nuestra generación joven.

»Cuando hoy la mayoría de esta juventud aun busca un medio para escaparse de este peso, vosotros poned en plena luz ante sus ojos el «Verbum vitæ». Habladle de Cristo, mostradle la fuerza de su palabra y de su obra, el realismo de su trabajo incansable, siempre al servicio del prójimo, su heroico sacrificio. He aquí el siempre vivo, siempre nuevo, «Padre del siglo venidero».

»Que Cristo se muestre en su nueva luz ante los ojos de esta oprimida juventud.»

Es necesario, dice el Primado, que el Evangelio vuelva a las manos de los jóvenes. Estos verán una vez más que «no hay nada que más cerca sea del hombre que el Verbo «que se hizo carne y habitó entre nosotros». Vuestra predicación hará revivir a Cristo en nuestros hermanos; el Cristo de todas las virtudes y el que señala numerosos caminos; el Cristo maestro y hermano, de rodillas ante el discípulo —hasta ofrecer la última gota de su sangre—, el que cambió el mundo haciendo el bien. He aquí el único gran poder victorioso, con el que no podrán ni los silencios en la prensa ni la supresión de los crucifijos en las paredes. HACED QUE LA JUVENTUD SE ENAMORE DE LA PERSONA DE CRISTO. De este modo recobrará el entusiasmo juvenil hacia la vida, porque verá que ni en los cielos ni en la tierra encontrará mejor hermano ni caudillo más maravilloso».

¿A quién creéis, a la Iglesia o a la masonería?

En una reciente Pastoral de Su Eminencia el Cardenal Juan Gualberto Guevara, Arzobispo de Lima, fechada el día siete de febrero del presente año, se recuerdan de nuevo los graves peligros que para el dogma y la moral, y, por ende, para la sociedad, encarna la masonería.

Cita el eminentísimo Prelado las diversas condenas dictadas contra la secta por diversos Pontífices, a partir de Clemente XII, y hace constar que en el Concilio de los Obispos americanos celebrado en Roma en el año 1899 —año de la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús—, se previno a los fieles que no se dejasen sorprender «con el engaño de que la masonería no es peligrosa en todas partes ni en todos los tiempos, y, por lo tanto, es necesario distinguir entre masonería y masonería. El Concilio —añade el Cardenal Guevara—, poniendo atajo a este falso rumor, afirma categóricamente que la masonería fué y continúa siendo pernicioso para la humanidad, hoy como ayer, y en cualquier parte donde se establezca».

Resume Su Eminencia en siete apartados lo que sobre la masonería han enseñado los Papas, y pone de manifiesto cuán grande es el delito de ser masón, y cuánto han de temerse los estragos de la secta, cuando la Iglesia lo sanciona con la pena máxima que es la excomunión.

Termina la Pastoral con las siguientes palabras: «No abrigamos prevención contra nadie, simplemente defendemos la verdad y ponemos un atajo al error y a la materia. A vosotros toca ahora cumplir vuestro deber. ¿A quién creéis, a la Iglesia o a la masonería? ¿Quién es vuestra Maestra en este intrincado asunto en el que se juega la suerte de la Religión y de la Patria? ¿La Iglesia, respondéis? Bien está; pues seguid las normas de la Iglesia, escuchad su voz y someteos a sus mandatos.»

J. O. C.

INDUSTRIA MECANICA

Especialización exclusiva:

Husos, Aros y Cilindros rayados para la Industria Textil
Contínuas para hilar y retorcer

JUAN PAYAS

FUNDICION, TALLERES Y OFICINAS:
Cra. de Sampedor (Travesía) - Tel. 1052

MANRESA

Valentín Rius Clapers

CONSTRUCTOR
DE MAQUINARIA
TEXTIL MODERNA
Y EXPORTACION

Arbones, 13 - Teléf. 1765
Direc. Telegráfica: RICLAP

MANRESA

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

Calzados

MOLTO

FABRICACION PROPIA
CALIDAD Y ECONOMIA

Carrió, 3 - Teléf. 1541
MANRESA



*Visite las Cuevas
de Artá*



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

J. Tallarès

fogo

**PROTEGE
EL HOGAR**



INSECTICIDA D-D-T

DE ACCION PROLONGADA

PRODUCTOS

NORDPOL

Nordpol

para la preparación de helados en frío

Nevo

y Supernevo

muy indicado para la estabilización de la nata.

ROSELLON, 372

Teléfono 21 69 50

BARCELONA

DOS MODELOS POPULARES

*para trabajo,
deportes
y todo uso*

COMODISIMOS
TAMBIEN EN VERANO



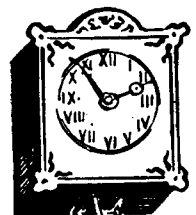
FLEXIBLE, LIGERO Y RESISTENTE CALZADO DE RENDIMIENTO MUY SUPERIOR AL DE CUALQUIER OTRO.

El calzado más moderno y práctico que ha sido logrado. Confección a base de excelente piel de buey y piso de goma, VULCANIZADO. Novísimo procedimiento CEMA, patentado en todo el mundo.

MANUFACTURAS DE LA PIEL, S.A. - MANRESA

Llegó la hora...

de
**COMBATIR
LA POLILLA
MOSCAS
MOSQUITOS
ETC.**



Recuerden
INSECTICIDAS



DDT de ACCION RAPIDA y DURADERA